

SAYAKA MURATA

La dependienta

«Una novela extraordinaria sobre lo difícil
que resulta a veces formar parte del mundo.»

The New York Times



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

LA DEPENDIENTA

SAYAKA MURATA

Marina Bornas



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título de la edición original: Konbini Ningen

Edición en formato digital: diciembre 2018

© Sayaka Murata, 2016

© 2019, de la traducción: Marina Bornas

Imagen de la cubierta: Yuschav Arly

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17761-19-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Las konbini¹ están llenas de sonidos. La campanilla que suena cuando entra un cliente o la voz del cantante de moda que anuncia un nuevo producto por megafonía. Las voces de los dependientes que saludan a los clientes, el escáner de códigos de barras. Las cestas de la compra que se llenan, alguien que coge una bolsa de pan o unos tacones que recorren los pasillos. Esta amalgama de sonidos forma el «ruido de la tienda» que cada día me bombardea los tímpanos sin cesar.

Alguien cogió una botella de plástico y la siguiente ocupó su lugar deslizándose por los rodillos del dispensador. El ligero traqueteo de la botella al rodar me hizo levantar la cabeza. Muchos clientes suelen coger una bebida fría cuando terminan de comprar, justo antes de pasar por caja, por eso me pongo alerta inconscientemente al oír ese ruido. Observé de reojo a la mujer que llevaba la botella de agua en la mano y comprobé que aún no tenía la intención de pagar, pues estaba buscando algo en la sección de postres. Así pues, bajé la cabeza de nuevo.

Mientras con el cerebro interpretaba la información procedente del sinfín de sonidos repartidos por toda la tienda, con las manos ordenaba los onigiri que acababan de llegar. A aquellas horas de la mañana se vendían sobre todo onigiri, sándwiches y ensaladas. Sugamoto, dependienta por horas, escaneaba artículos con un pequeño lector mientras yo alineaba meticulosamente la impecable comida hecha por una máquina. En las dos hileras centrales coloqué la novedad, los onigiri de hueva de abadejo con queso. A ambos lados hice otras dos hileras con los más vendidos, los de atún con mayonesa. Reservé las hileras más alejadas del centro para los onigiri con virutas de bonito, que apenas tenían salida. Era cuestión de velocidad, así que mi cuerpo no esperaba que le llegaran las órdenes del cerebro, sino que actuaba automáticamente, según las reglas que tan interiorizadas tenía.

Me volví al oír el leve tintineo de unas monedas y eché un vistazo a la caja. Estaba atenta a aquel sonido porque los clientes que llevaban dinero suelto en la mano o en el bolsillo solían comprar antes de irse un paquete de

tabaco o el periódico. Tal y como suponía, vi a un hombre dirigiéndose a la caja con una lata de café en una mano y la otra en el bolsillo. Crucé la tienda corriendo y ocupé mi lugar en la caja para no hacerlo esperar. Lo saludé con una pequeña reverencia y cogí la lata de café que el hombre me tendía.

-Buenos días, señor.

-También, un paquete de tabaco de cinco.

-De acuerdo.

Saqué rápidamente un paquete de Marlboro Lights mentolados y lo pasé por el escáner.

-Pulse aquí para confirmar su edad, por favor.

Mientras el hombre pulsaba en la pantalla, vi que inspeccionaba con la mirada el expositor de comida rápida y detenía el dedo en seco. Podría haberle preguntado si deseaba algo más, pero prefiero esperar cuando veo a un cliente que duda.

-Ponme también un perrito empanado.

-Enseguida, señor.

Me desinfecté las manos con alcohol, abrí el expositor y envolví un perrito empanado.

-¿Desea que le envuelva el café frío y el perrito caliente por separado?

-No, no hace falta. Pongo todo en la misma bolsa.

Metí rápidamente la lata de café, el paquete de tabaco y el perrito empanado en una bolsa pequeña. Mientras tanto, el hombre hacía tintinear las monedas. De repente, se metió la mano en el bolsillo de la camisa como si acabara de recordar algo. Aquel gesto me dio a entender de inmediato que quería pagar con dinero electrónico.

-Pagaré con Suica.

-Ningún problema. Acerque su tarjeta aquí, por favor.

Interpretaba automáticamente los gestos y las miradas del cliente, y mi cuerpo actuaba de forma instintiva. Mis ojos y oídos eran valiosos sensores que captaban sus sutiles movimientos e intenciones, y mis manos se movían ágilmente según la información recibida, procurando siempre que el cliente no se sintiera incómodo por un exceso de vigilancia.

-Aquí tiene su recibo. ¡Muchas gracias!

El hombre cogió el recibo y se fue después de murmurar un escueto

«gracias».

-Disculpe la espera. Buenos días y bienvenida.

Saludé con una pequeña reverencia al siguiente cliente de la cola, una mujer. La mañana transcurría con normalidad en el interior de aquella pequeña caja luminosa.

Al otro lado del cristal, escrupulosamente limpio y sin una sola huella, veía el ajetreo de la gente. Empezaba un nuevo día. Era la hora en que el mundo se despertaba y los engranajes de la sociedad empezaban a girar. Yo era uno de aquellos engranajes que giraban sin parar, una pieza del mundo encajada en esa franja del día que llamamos «mañana».

Izumi, la encargada de mi turno, me llamó cuando volvía rápidamente a la nevera para seguir colocando los onigiri.

-Furukura, ¿cuántos billetes de cinco mil quedan en tu caja?

-Pues solo quedan dos.

-¿Solo dos? Hoy todo el mundo está pagando con billetes de diez mil, y en la caja fuerte tampoco quedan muchos de cinco mil. A media mañana, cuando termine la hora punta y hayamos acabado de reponer, me escaparé al banco a pedir cambio.

-¡De acuerdo, gracias!

Últimamente andábamos escasos de personal, de modo que el jefe estaba cubriendo el turno de noche. Así pues, Izumi -una dependienta por horas que tenía mi edad- y yo estábamos al mando de la tienda como si fuéramos trabajadoras en nómina.

-Vale, luego voy. Ah, por cierto. Hoy tenemos un encargo especial de tofú frito relleno de arroz. Atenderás tú al cliente cuando venga a recogerlo, ¿verdad?

-¡Sí!

Consulté el reloj, que marcaba las nueve y media. Pronto terminaría la hora punta de la mañana y, después de reponer rápidamente, tendría que empezar a hacer los preparativos para el mediodía. Erguí la espalda, regresé al expositor y seguí alineando los onigiri.

La vida que llevaba antes de «nacer» como dependienta de una tienda está envuelta en una nebulosa y no la recuerdo claramente.

Crecí en un distrito residencial de las afueras, en el seno de una familia

normal que me quería de forma normal. Sin embargo, de pequeña era un poco rara.

Cuando iba a la guardería, por ejemplo, un día encontré un pajarito muerto en el parque. Era un bonito pájaro azul que parecía haber escapado de alguna casa. Los demás niños lloraban alrededor del pajarito, que tenía el cuello retorcido y los ojos cerrados.

-¿Qué hacemos con él? -preguntó una niña. Entonces yo lo cogí rápidamente, me lo puse en la palma de la mano y se lo llevé a mi madre, que estaba en un banco charlando con otra madre.

-¿Qué ocurre, Keiko? Oh, un pajarito... ¿De dónde habrá salido? ¡Pobrecillo! ¿Qué te parece si lo enterramos? -dijo mi madre con voz dulce mientras me acariciaba el pelo, y yo le respondí:

-Nos lo comeremos.

-¿Cómo?

-A papá le encanta el pollo frito. Podríamos freír el pájaro para comerlo - repetí en voz alta y clara, pensando que mamá no me había oído.

Ella se quedó muda de asombro y creo que la madre que estaba a su lado también se sorprendió, pues abrió simultáneamente los ojos, la boca y las aletas de la nariz. Su expresión era tan cómica que estuve a punto de echarme a reír, pero entonces vi que me miraba fijamente la palma de la mano y pensé: «¡Claro! Con uno no basta».

-¿Quieres que vaya a buscar más?

Cuando me volví hacia un grupo de gorriones que merodeaba cerca de allí, mi madre por fin reaccionó.

-¡Keiko! -gritó escandalizada, en tono de reproche-. Cavaremos una tumba para el pajarito y lo enterraremos. Mira, los demás niños están llorando. Están tristes porque se ha muerto un amigo suyo. ¿No te da lástima?

-¿Por qué? Si ya está muerto, al menos podríamos aprovecharlo...

Mamá se quedó atónita al oír mi respuesta.

Yo solo pensaba en papá, mamá y mi hermana pequeña sonriendo de alegría mientras comían el pajarito. A papá le gustaba el pollo, y a mi hermana y a mí nos encantaban los fritos. Si el parque estaba lleno de pájaros, no entendía por qué no podíamos comerlo y teníamos que enterrarlo.

-Mira lo pequeño y bonito que es -insistió mamá, empleándose a fondo

para convencerme-. Lo enterraremos y podrás llevarle flores a la tumba.

Al final lo hicimos así, pero no llegué a entender por qué. Los demás niños se compadecían del malogrado animal, lloraban, arrancaban de cuajo las flores que encontraban alrededor y decían: «Qué flor más bonita, seguro que al pajarito le gustará». A mí aquel espectáculo me resultaba de lo más grotesco.

Cavamos un agujero detrás de una cerca donde ponía «Prohibido el paso» y enterramos al pajarito. Encima de la tumba había un montón de flores muertas y, clavado en la tierra, el palito de un helado que alguien había cogido de la basura.

-¿Lo ves, Keiko? Pobre pajarito, qué triste -susurraba mi madre una y otra vez para despertar mi compasión, pero yo no llegué a sentir lástima.

Pasaron otras cosas parecidas. Un día, cuando acababa de empezar el colegio de primaria, unos niños se enzarzaron en una pelea en clase de educación física.

-¡Que alguien avise al profesor! ¡Detenedlos! -gritaban los demás.

Dispuesta a detenerlos, abrí el armario de las herramientas, saqué una pala, me acerqué corriendo a los niños que se peleaban y golpeé la cabeza de uno de ellos. Los demás empezaron a gritar a mi alrededor, y el niño se desplomó al suelo sujetándose la cabeza. Al ver que se quedaba quieto con la cabeza entre las manos, levanté la pala con la intención de detener también al otro.

-¡Para, Keiko! ¡Para! -me suplicaban las niñas, llorando.

Algunos profesores, horrorizados ante aquel terrible espectáculo, acudieron a toda prisa y me pidieron explicaciones.

-Los demás decían que había que detenerlos, y esta era la forma más rápida.

Uno de los profesores, atónito al oír mi respuesta, balbuceó que la violencia no era la solución.

-Es que todo el mundo les pedía que parasen. He pensado que así conseguiría que Yamazaki y Aoki se estuvieran quietos -expliqué pacientemente, sin entender por qué los profesores estaban tan enfadados.

Convocaron una reunión y avisaron a mamá.

Cuando vi a mamá tan seria, inclinándose una y otra vez para pedir perdón, supe que lo que había hecho estaba mal, aunque no entendía por qué.

Lo mismo pasó cuando una profesora sufrió un ataque de histeria en clase y se puso a chillar mientras golpeaba la mesa frenéticamente con la lista de asistencia. Mis compañeros le suplicaban llorando:

-¡Señorita, por favor! ¡Pare, señorita!

Pero ella no entraba en razón. Para hacerla callar, me acerqué y le bajé la falda y las bragas de un tirón. Avergonzada, la joven maestra rompió a llorar y se tranquilizó.

Cuando el profesor que estaba dando clase en el aula contigua llegó corriendo y me preguntó qué había pasado, yo respondí que había visto en la tele que las mujeres adultas se tranquilizan al desnudarse.

Se convocó otra reunión.

-¿Por qué no lo entiendes, Keiko? -murmuró mamá de vuelta a casa, abrazándome angustiada. Yo intuía de nuevo que no había obrado bien, pero no comprendía por qué.

A pesar de su desconcierto, mis padres me trataban con cariño. Como en el fondo no quería disgustarlos ni obligarlos a disculparse otra vez, decidí hablar lo mínimo cuando estuviera fuera de casa. Me limitaba a imitar a los demás y a obedecer órdenes, pero dejé de actuar por mi cuenta. Los adultos suspiraron aliviados al constatar que solo hablaba cuando era imprescindible y que ya no me metía en problemas ajenos.

A medida que fui creciendo, mi silencio empezó a preocuparles. Pero para mí era la mejor opción, la forma más racional de sobrevivir. «¡Deberías hacer amigos y salir a jugar!», me anotaban los profesores en el boletín de notas, pero yo nunca hablaba más de lo que era estrictamente necesario.

Mi hermana tenía dos años menos que yo y era una niña «normal». No por eso me esquivaba, más bien me idolatraba. Cuando hacía alguna trastada normal -a diferencia de mí- y la regañaban, yo me acercaba a mi madre y le preguntaba: «¿Por qué te has enfadado?». Mi pregunta ponía fin a la regañina y mi hermana, pensando que la estaba protegiendo, siempre me daba las gracias. Además, yo solía darle chucherías y juguetes, que a mí no me interesaban. Por eso siempre la tenía encima.

Mis padres me querían y por eso se preocupaban por mí.

Una vez los oí discutiendo sobre cómo podían «curarme», y recuerdo que pensé que era yo quien tenía que arreglar algo. Mi padre me acompañó en coche a una ciudad lejana para que recibiera orientación psicológica. Al

principio pensaron que podía haber un problema en mi familia, pero mi padre era un empleado de banca serio y responsable, mi madre era algo tímida pero cariñosa, y mi hermana pequeña me tenía en un pedestal. «Deben colmarla de cariño y prestarle toda su atención». El psicólogo les dijo a mis padres que no necesitaba drogas ni medicinas, y ellos me criaron con todo el amor que fueron capaces de dedicarme.

En el colegio no tenía amigos, pero tampoco se metían conmigo. Así pues, conseguí terminar la educación primaria y secundaria sin ocasionar más situaciones embarazosas.

Después de graduarme en el instituto, entré en la universidad sin que nada hubiera cambiado. Pasaba mis ratos libres fundamentalmente a solas, y apenas hablaba de mis asuntos privados. No volví a provocar ningún escándalo como en el colegio, pero mis padres seguían preocupados porque no me integraba en la sociedad. Mientras seguían buscando fórmulas para «curarme», pasé de niña a adulta.

El 1 de mayo de 1998 inauguraron un Smile Mart en el barrio de Hiiro, delante de la estación. Era mi primer año en la universidad.

Recuerdo perfectamente el día en que descubrí la tienda, antes de que abriera. El curso acababa de empezar y yo había ido a un espectáculo de teatro organizado por la universidad. Mientras volvía a casa, sola porque no tenía amigos, me equivoqué de camino y me metí sin darme cuenta en un barrio de oficinas donde nunca había estado.

De repente, me di cuenta de que estaba sola. Aquel barrio, formado por bonitos edificios blancos, tenía un aspecto tan falso como un decorado o una maqueta de papel. Era un mundo donde solo había edificios, una especie de ciudad fantasma. Era un domingo por la mañana y las calles estaban desiertas.

Con la sensación de haber entrado en un universo paralelo, seguí andando a paso rápido en busca de una estación de metro. Cuando al fin encontré el cartel que indicaba la estación, suspiré aliviada y me encaminé hacia allí. Entonces fue cuando vi un escaparate diáfano en la planta baja de un edificio de oficinas completamente blanco. «¡Próxima apertura de Smile Mart frente a la estación de Hiiro! Buscamos personal», decía un anuncio pegado al cristal. No había ningún otro cartel. Eché un vistazo al interior a través del escaparate y no vi a nadie, pero el local parecía estar en obras. Las paredes estaban cubiertas por plásticos y los únicos muebles que había eran unas estanterías

blancas vacías. Me costaba creer que aquel lugar tan desangelado pudiera convertirse en una konbini.

La tienda estaba un poco lejos de casa, a diez minutos en transporte público, pero me interesaba un trabajo por horas. Me fui después de anotar el número de teléfono del anuncio y llamé al día siguiente. Me hicieron una entrevista fácil y me contrataron enseguida.

La formación empezaba la siguiente semana. A la hora indicada me presenté en el local, que a diferencia de la última vez empezaba a parecer una tienda. Solo estaban terminados los estantes destinados a los artículos variados, donde había material escolar y pañuelos de papel pulcramente ordenados.

En el interior encontré a los que serían mis compañeros de trabajo: una universitaria como yo, un chico joven que tenía pinta de ganarse la vida trabajando por horas y un ama de casa un poco mayor que yo. En total había unos quince empleados de edades y estilos muy dispares merodeando tímidamente por la tienda.

Al final apareció el responsable de la formación y nos repartió los uniformes. Nos vestimos y arreglamos según el modelo dibujado en un cartel, recogiéndonos el pelo si lo llevábamos largo y quitándonos relojes y accesorios. Después nos pusimos en fila, y aquellas personas que hasta entonces formábamos un grupo variopinto nos convertimos de pronto en «dependientes».

Empezamos practicando las expresiones faciales y los saludos. Tomando como referencia la cara sonriente que aparecía en el cartel, teníamos que levantar las comisuras de la boca, erguir la espalda, colocarnos en fila mirando al frente y decir: «¡Bienvenido!». El responsable de la formación nos corregía uno por uno, y cuando alguien no sacaba la voz o lucía una expresión demasiado agarrotada, decía: «Venga, ¡otra vez!».

-Señorita Okamoto, ¡sonría sin vergüenza! Señor Aizaki, ¡no le oigo! Venga, ¡otra vez! Señorita Furukura, muy bien, ¡muy bien! Así, así, ¡esa es la actitud!

Se me daba bien imitar los ejemplos del vídeo de muestra que nos pasaron en la trastienda y poner en práctica lo que nos enseñaba el responsable de la formación. Hasta entonces nadie me había enseñado nunca cuál era la expresión «normal» o la forma de hablar «normal».

Durante las dos semanas que faltaban para la inauguración, nos dividimos en parejas y seguimos practicando aplicadamente como si nuestro compañero fuera un cliente ficticio: aprendimos a mirar al «cliente» a los ojos y a hacerle una reverencia con una pequeña sonrisa, a meter en una bolsa de papel los artículos de higiene femenina, a envolver por separado los productos calientes y fríos, y a desinfectarnos las manos con alcohol para servir la comida rápida. En las cajas había monedas y billetes reales para que nos familiarizásemos con el dinero, pero los recibos salían impresos con la palabra «formación» escrita en letras grandes y el «cliente» era un compañero que llevaba nuestro mismo uniforme. En realidad era como jugar a las tiendas.

Era curioso que una universitaria, un joven músico, un trabajador por horas, un ama de casa, un chico que cursaba el bachillerato nocturno y otras muchas personas pudieran vestirse con la misma ropa y reconvertirse en aquellas criaturas uniformadas denominadas «dependientes». Cuando terminábamos la formación, nos quitábamos el uniforme y recuperábamos nuestro aspecto habitual. Como si nos transformáramos en otro ser.

Después de las dos semanas de formación, por fin llegó el día de la inauguración de la tienda. Llegué a primera hora de la mañana. Las estanterías, antes tan blancas y vacías, ahora estaban llenas de artículos tan pulcramente ordenados que parecía obra de un robot. No dejamos ni un solo hueco entre hileras.

Llegó la hora de la inauguración. Cuando el encargado abrió la puerta, pensé: «Ahora va en serio». Ya no se trataba de una formación con clientes ficticios y situaciones hipotéticas, sino de la realidad. Vinieron personas de todo tipo. Al ser un distrito de negocios, había imaginado que todos los clientes irían trajeados o uniformados, pero a la inauguración acudieron principalmente los vecinos del barrio, que llevaban en la mano los vales de descuento que habíamos estado repartiendo por el vecindario. La primera en entrar fue una señora mayor que se apoyaba en un bastón, seguida de una multitud de vecinos que blandían sus vales de descuento para onigiri y comida para llevar. Yo observaba fascinada el trajín de personas que entraban y salían.

-Señorita Furukura, ¡no la oigo! -gritó el encargado. Entonces salí de mi estupor.

-¡Bienvenidos! ¡Hoy tenemos ofertas especiales de inauguración! ¡Pasen,

por favor!

Incluso el timbre de mi voz sonaba de forma diferente en el interior de la tienda abarrotada de clientes reales.

No sabía que unos seres vivos como los clientes pudieran hacer tantos sonidos distintos. Pasos que resonaban, voces, el crujir de los paquetes al meterlos en las cestas, el ruido de la puerta de la nevera de los refrescos... Aunque me sentía apabullada por todos aquellos sonidos, seguía gritando «¡Bienvenidos!» sin titubear.

En un abrir y cerrar de ojos, la gente desmoronó las montañas de chocolatinas y desordenó aquellas hileras de comida tan perfectas que no parecían hechas por humanos. La tienda, tan falsa y artificial al principio, fue ganando vitalidad y frescura con aquel trajín.

La primera en pasar por caja fue la mujer mayor de aspecto elegante que había entrado en la tienda antes que nadie.

Yo estaba de pie en la caja, repasando mentalmente el manual. La señora dejó encima del mostrador una cesta que contenía profiteroles, un sándwich y varios onigiri.

Al ver que el primer cliente se acercaba a la caja, el encargado irguió aún más la espalda y redobló su vigilancia. Bajo su atenta mirada, saludé a la señora tal y como había aprendido a hacerlo en la formación:

-¡Bienvenida!

Lo pronuncié exactamente en el mismo tono que la mujer que aparecía en el vídeo de ejemplo. Cogí la cesta y empecé a escanear los códigos de barras según lo que me habían enseñado. El encargado metió rápidamente los artículos en una bolsa.

-¿A qué hora abris por la mañana? -preguntó la señora.

-Pues... hoy hemos abierto a las diez. Y ya no cerraremos en todo el día.

Aquella pregunta no la habíamos practicado en la formación y no sabía muy bien qué responder, pero el encargado me tomó la palabra rápidamente.

-A partir de hoy estaremos abiertos todos los días, las veinticuatro horas. ¡Puede venir cuando quiera!

-¿Por la noche también? ¿Y por la mañana?

-Sí -respondí.

-Qué bien me vendrá. ¿Sabes qué pasa? Que tengo las caderas fastidiadas

y el supermercado me queda muy lejos para ir andando.

Le sonreí y repetí palabra por palabra la frase del encargado, que estaba a mi lado.

-Pues sí, a partir de hoy estaremos abiertos todos los días, las veinticuatro horas. ¡Puede venir cuando quiera!

-Estupendo. Lo estáis haciendo muy bien.

-¡Muchas gracias, señora! -respondí, imitando el tono entusiasta del encargado.

-Gracias, volveré otro día -dijo la anciana sonriendo, y se fue.

El encargado, que había estado llenando bolsas a mi lado, me felicitó:

-Muy bien, Furukura, ¡perfecto! Has estado muy tranquila para ser la primera vez que atendías en caja. ¡Así me gusta! Venga, haz pasar al siguiente cliente.

Miré al frente y vi a un hombre que llevaba la cesta llena de onigiri de oferta. Lo saludé levantando la voz en el mismo tono de antes y cogí la cesta.

Entonces sentí por primera vez que formaba parte del mundo, como si acabara de nacer. Aquel día había surgido una nueva pieza que encajaba con total normalidad entre las demás: yo.

A veces sacaba la calculadora para comprobar cuánto tiempo había pasado desde aquel día. El Smile Mart de la estación de Hiiro no había cerrado ni un solo día, había estado abierto a todas horas con las luces siempre encendidas. La tienda acababa de vivir un 1 de mayo por decimonovena vez, contando el primero, y desde entonces habían transcurrido ciento cincuenta y siete mil ochocientas horas. Yo había cumplido treinta y seis años y ya llevaba dieciocho trabajando allí. Ninguno de los compañeros que habían hecho la formación conmigo seguía en la tienda, y durante aquel tiempo había tenido ocho jefes. En la tienda tampoco quedaba ninguno de los artículos que se pusieron a la venta el primer día. Pero yo seguía allí, imperturbable.

Mi familia se alegró mucho de que hubiera encontrado trabajo.

También me apoyaron cuando terminé la carrera y decidí que quería seguir trabajando por horas en lugar de buscar un empleo fijo, pues había madurado mucho en comparación con la chiquilla que era poco antes y que apenas tenía contacto con el mundo real.

Cuando estudiaba primero de carrera solía trabajar cuatro días por

semana, incluido el sábado. Ahora trabajaba cinco. Al llegar a casa, caía rendida en el futón que siempre dejaba extendido en mi pequeño piso de seis tatamis y medio.

Al empezar la universidad, busqué un piso de alquiler barato y me emancipé.

Mis padres empezaron a preocuparse cuando dejé de buscar un empleo estable y me empeñé en seguir trabajando por horas en el mismo sitio, pero para entonces ya era tarde. Ni yo misma sabía por qué solo podía trabajar en una tienda y no aspiraba a obtener un empleo fijo. La tienda disponía de un manual impecable y me desenvolvía muy bien como dependienta, pero no tenía ni idea de cómo ser una persona normal en un lugar sin manual de instrucciones.

Mis padres eran indulgentes conmigo y se limitaban a hacer la vista gorda mientras el tiempo iba pasando y yo seguía trabajando por horas. A los veintitantos años empecé a buscar un empleo estable para no disgustar a mi familia, pero, como solo tenía la experiencia de la tienda, pocas veces superaba la fase de selección. Además, en las contadas ocasiones en que me entrevistaron no supe explicar por qué llevaba tantos años trabajando por horas.

Como trabajaba todos los días, a veces pulsaba en sueños la caja registradora de la tienda o abría los ojos sobresaltada, pensando que había que colocar las etiquetas del precio a las bolsas nuevas de patatas fritas o que el día anterior se había vendido mucho té caliente y habría que reponer. Algunas noches incluso me despertaba mi propia voz gritando: «¡Bienvenido!».

Si no podía dormir, pensaba en aquella caja de cristal transparente que de noche también hervía de actividad. En el interior de aquel nítido acuario, la tienda seguía funcionando como un mecanismo automático. Al visualizar aquel escenario, los sonidos de la tienda resurgían dentro de mis tímpanos, me tranquilizaban y me ayudaban a conciliar el sueño.

Por la mañana volvía a convertirme en una dependienta, un engranaje de la sociedad. Aquel trabajo era lo único que me permitía ser una persona normal.

Eran las ocho de la mañana cuando abrí la puerta del Smile Mart de la estación de Hiirō.

Mi turno no empezaba hasta las nueve, pero siempre llegaba un poco antes,

compraba una botella de agua de dos litros y un bollo o un sándwich que estuvieran a punto de caducar y desayunaba en la trastienda.

En la trastienda teníamos una gran pantalla que emitía las imágenes de las cámaras de seguridad, que mostraban al chico nuevo del turno de noche -un vietnamita llamado Dat- esforzándose ante la caja registradora y al jefe corriendo arriba y abajo para ayudar al joven inexperto. Mientras observaba su trajín, yo engullía el bollo y me preparaba por si había una emergencia y tenía que ponerme el uniforme y salir corriendo para echar una mano en la caja.

Por las mañanas desayunaba un bollo de la tienda. En el descanso del mediodía comía un onigiri y algo precocinado, y por las noches, si estaba muy cansada, también solía comprar algo en la tienda antes de volver a casa. Mientras trabajaba bebía media botella de dos litros, y al salir me la llevaba a casa en una bolsa y me la acababa antes de acostarme. Cuando pensaba que mi cuerpo se mantenía casi exclusivamente con la comida de la tienda, sentía que formaba parte de ella, como las estanterías o la cafetera.

Después de desayunar, consultaba la previsión del tiempo y revisaba los datos de la tienda. La previsión meteorológica es una fuente de información muy valiosa para una konbini. También es importante saber qué diferencia de temperatura habrá respecto al día anterior. Aquel día, la temperatura máxima prevista era de veintiún grados, y la mínima, de catorce. Estaría nublado y se esperaban chubascos por la tarde, cuando la sensación de frío sería más acusada.

Los días calurosos se vendían sándwiches, mientras que los días fríos tenían más salida los onigiri, las empanadas de carne y el pan. Las ventas de comida precocinada también variaban según la temperatura. Cuando en el barrio de Hiroya hacía frío, se vendían más croquetas. Precisamente aquel día estaban de oferta, así que tomé nota mental de que habría que preparar croquetas de sobra.

Así pasó el tiempo y fueron llegando mis compañeras del turno de día, que empezaba a las nueve.

Pasadas las ocho y media, se abrió la puerta y una voz ronca dijo: «Buenos días». Era Izumi, la encargada del turno, una dependienta muy competente y ama de casa de treinta y siete años, uno más que yo. Bastante estricta, pero muy dinámica y trabajadora. Apareció vestida de forma bastante llamativa. Se

quitó los zapatos de tacón delante de su taquilla y se puso unas zapatillas de deporte.

-Veo que hoy también has llegado pronto, Furukura. Ah, ¡los nuevos bollos! ¿Qué tal están? -me preguntó al ver el bollo relleno de mango y chocolate que tenía en la mano.

-La crema tiene un sabor un poco raro y un olor muy fuerte. No me acaba de convencer.

-¡No me digas! ¿En serio? Vaya, pues el jefe hizo un pedido de cien unidades... Tenemos que intentar vender al menos los que han llegado hoy.

-¡De acuerdo!

La inmensa mayoría de los empleados por horas eran estudiantes y jóvenes sin trabajo fijo, así que no solía trabajar con mujeres de mi edad.

Izumi se teñía el pelo de color castaño y lo llevaba recogido. Se puso un suéter azul marino, una camisa blanca encima y una corbata azul celeste. Aquella norma no existía cuando la tienda del barrio de Hiirō había abierto sus puertas, pero el actual propietario había decidido que teníamos que llevar camisa y corbata debajo del uniforme.

Mientras Izumi se ponía el uniforme delante del espejo, Sugawara entró y nos saludó con un enérgico «¡Buenos días!».

Sugawara era una dependienta por horas de veinticuatro años, afanosa y de voz alegre. Era vocalista de un grupo de música y siempre decía que le gustaría teñirse de rojo el pelo, que llevaba a lo chico. Era regordeta y afable. Antes de que Izumi empezara a trabajar allí, Sugawara solía llegar tarde al trabajo, y a veces el jefe la regañaba porque no se quitaba el piercing. Gracias a Izumi, que la había formado con mano firme pero cariñosa, Sugawara se había vuelto responsable y trabajadora.

En el turno de día también estaban Iwaki, un universitario alto y delgado, y Yukishita, un joven dependiente por horas que cambiaba de trabajo a menudo. Iwaki estaba en varios procesos de selección para encontrar un empleo fijo y había muchos días que no podía venir, de modo que habría que contratar algún refuerzo o el jefe tendría que dejar el turno de noche y volver al de día para que la tienda siguiera marchando bien.

Tu configuración actual cambia en cada momento según la gente que te rodea. Por entonces yo era Izumi en un treinta por ciento, Sugawara en otro treinta por ciento y el jefe en un veinte por ciento; el resto de mí estaba

formado por todo lo que había absorbido de las personas de mi pasado, como Sasaki, que había sido mi compañera hasta que lo había dejado medio año antes, y un chico llamado Okazaki, el encargado de mi turno hasta el año anterior.

Lo que más se me pega de quienes me rodean es el acento. Por entonces mi forma de hablar era una mezcla entre la de Izumi y la de Sugawara.

Creo que es un fenómeno bastante habitual. Un día, los compañeros del grupo de música de Sugawara vinieron a la tienda y me fijé en que las chicas vestían y hablaban casi igual que ella, y desde que había entrado Izumi, Sasaki se despedía con un «Hasta mañana» que sonaba exactamente igual al de ella. Un día vino a echarnos una mano una mujer que había trabajado con Izumi en otra tienda, un ama de casa muy amiga suya, y vestían de forma tan parecida que estuve a punto de confundirlas. Supongo que mi forma de hablar también se le pegará a alguien. Creo que es así como sobrevive la humanidad: por contagio.

Si bien fuera del trabajo Izumi llevaba ropa llamativa, lo cierto es que vestía como corresponde a una mujer de treinta y tantos años. Por eso yo solía fijarme en la marca de sus zapatos y miraba la etiqueta del abrigo que dejaba colgado en la taquilla. Solo una vez llegué a examinar el contenido de su neceser, que había dejado en la trastienda abierto de par en par, y memoricé el nombre y la marca de los cosméticos que utilizaba. Si la hubiera copiado sin más, se habría notado demasiado. Así pues, hacía búsquedas con los nombres de las marcas, entraba en el blog de alguien que vestía ropa de aquella tienda, le pedía consejo para comprarme un fular y, cuando me proponía un par de marcas, iba a la tienda y me decidía por una marca que Izumi no utilizara. La ropa y los accesorios que llevaba parecían los adecuados para una treintañera, y también su peinado.

Izumi se fijó en mis manolettinas.

-¡Anda! Esos zapatos los vi en una tienda de Omotesando. A mí también me gustan los zapatos de esa tienda, tengo unas botas de allí.

Izumi hablaba alargando un poco el final de las palabras.

Había memorizado la marca de sus zapatos aprovechando que ella estaba en el baño, había ido a la tienda y me había comprado unos de la misma marca.

-¿En serio? ¿No serán unas azul marino? Me las probé en la tienda hace

tiempo, ¡eran monísimas! -le respondí calcando la forma de hablar de Sugawara, que ahora terminaba las frases en un tono más propio de una adulta. Sugawara hablaba como en staccato, acentuando y acortando las sílabas. Aunque su acento contrastaba con el de Izumi, ambos combinados sonaban muy armoniosos, por extraño que pareciera.

-Tú y yo tenemos gustos muy parecidos, Furukura. Ese bolso que llevas también es muy mono.

Izumi me sonrió. Era normal que tuviéramos gustos parecidos, pues la había tomado como modelo. A los ojos de los demás, yo debía de ser una «humana» que llevaba un bolso acorde a mi edad y mantenía exactamente la distancia adecuada al hablar, ni demasiado íntima, ni demasiado brusca.

-¿Ayer viniste a trabajar, Izumi? Los ramen que quedan en stock están reblandecidos -dijo Sugawara, que se estaba cambiando de cara a la taquilla, con su potente voz.

Izumi se volvió en su dirección.

-¡Sí, ayer vine! De día fue bien, pero la chica del turno de noche volvió a largarse sin permiso. Se ve que por eso ha entrado Dat, el chico nuevo.

Sugawara se nos acercó subiéndose la cremallera del uniforme y con la frente arrugada.

-Vaya, ¿otra vez escaqueándose? Y precisamente ahora que vamos tan justos de personal, ¡no me lo puedo creer! No me extraña que el negocio vaya como va. No estamos vendiendo bebidas envasadas, ni siquiera durante la hora punta de la mañana.

-Tienes razón, la cosa está fatal. Esta semana el jefe seguirá haciendo el turno de noche para no dejar solo al chico nuevo.

-Pues en el turno de día también nos faltan refuerzos, que Iwaki está buscando trabajo. No sé cómo nos las apañaremos. Lo mejor sería que dejara la tienda de una vez. Si siempre avisa con tan poca antelación cuando no puede venir, lo único que consigue es perjudicar a sus compañeros.

Mientras las escuchaba hablando indignadas empecé a ponerme nerviosa. En mi repertorio de emociones, la ira es casi inexistente. Solo me sentía algo contrariada por la falta de personal. Observé de reojo la expresión de Sugawara e intenté hablar imitando exactamente los movimientos de sus músculos faciales, igual que había hecho durante la formación. Repetí las mismas palabras que había pronunciado ella:

-Vaya, ¿otra vez escaqueándose? Y precisamente ahora que vamos tan justos de personal, ¡no me lo puedo creer!

Sugawara se echó a reír mientras se quitaba el reloj y los anillos.

-¡Ja, ja! ¡Te veo muy enfadada, Furukura! Y con razón, ¡es que no puede ser!

Nada más empezar a trabajar me había dado cuenta de que a mis compañeros les gustaba que yo compartiera sus motivos de enfado. Si me solidarizaba con ellos, ya fuera para criticar al jefe o a algún compañero del turno de noche que se había escaqueado, surgía una extraña complicidad entre nosotros y celebraban mi indignación.

Al ver las expresiones de Izumi y Sugawara, pensé que estaba interpretando a la perfección el papel de «humana» y suspiré aliviada. ¿Cuántas veces habré repetido ese suspiro de alivio en la tienda?

Izumi consultó el reloj y nos avisó.

-Es la hora del briefing, chicas.

-¡Sí!

Las tres nos pusimos en fila y empezamos la pequeña reunión de todas las mañanas. Izumi abrió el cuaderno de recados y se dispuso a comentarnos los objetivos del día y las cuestiones que había que tener en cuenta.

-Hoy hemos de recomendar un nuevo producto, el bollo relleno de mango y chocolate. Quiero oíros anunciándolo bien alto. Además, hay que reforzar la limpieza entre horas punta. Ya sé que de día hay mucho trabajo, pero debemos procurar mantener limpios el suelo, las ventanas y los marcos de las puertas. Hoy no pronunciaremos el juramento porque no hay tiempo, así que pasemos directamente a repetir juntas las frases de atención al cliente. ¡Bienvenido!

-¡Bienvenido!

-¡Con mucho gusto!

-¡Con mucho gusto!

-¡Muchas gracias!

-¡Muchas gracias!

Después de pronunciar las fórmulas de cortesía, revisamos una vez más nuestro aspecto y salimos por la puerta de una en una repitiendo «¡Bienvenido!».

-Bienvenido, ¡buenos días!

Me encanta este momento del día. Tengo la sensación de que la franja temporal que conocemos como «mañana» avanza dentro de mí.

La campanilla que suena cuando alguien entra me recuerda la campana de una iglesia. Cuando abro la puerta, la caja luminosa me está esperando. Un mundo normal y estable que nunca deja de girar. Mi religión es este mundo rebosante de luz que contiene la caja.

En la tienda libraba los viernes y los domingos, así que un viernes fui a ver a una amiga que se había casado y vivía en mi ciudad natal.

De pequeña apenas tenía amigas porque me pasaba el día en silencio, pero cuando empecé a trabajar fui a una reunión de exalumnos donde me reencontré con una antigua compañera de clase e hice un grupo de amigas en mi ciudad natal.

-¡Cuánto tiempo sin verte, Furukura! ¡Has cambiado un montón! -me saludó Miho con voz alegre. Empezamos a hablar de mi bolso, que ella tenía en otro color, y nos intercambiamos nuestros e-mails para ir juntas de compras la próxima vez. Desde entonces quedamos de vez en cuando para comer o ir de compras.

Actualmente, Miho está casada y vive en mi ciudad natal, en una vieja casa unifamiliar de propiedad donde suele reunir a sus amigas. A veces me da pereza ir porque al día siguiente trabajo, pero estas reuniones son importantes para mí porque suponen mi único punto de contacto con el mundo fuera de la tienda y la posibilidad de interactuar con mujeres «normales» de mi edad, así que procuro ir cada vez que Miho me invita.

Aquel día, Miho había invitado a Yukari, que iba con su hijo pequeño, a Satsuki, casada pero sin hijos, y a mí. Me presenté en casa de Miho con una tarta para acompañar el té.

Yukari, la que iba con el niño, había estado viviendo lejos de la ciudad por el trabajo de su marido, así que yo llevaba tiempo sin verla. Mientras comíamos la tarta que había comprado en el centro comercial de la estación, Yukari nos miraba y repetía: «¡Cómo os he echado de menos!», y nosotras reíamos.

-¡No hay nada como estar en casa! La última vez que vi a Keiko, acababa de casarme.

-Sí, es verdad. Todas te felicitamos e hicimos una barbacoa con las demás. ¡Cuántos recuerdos! -dije, mezclando el acento de Izumi con el de Sugawara.

-Te veo distinta, Keiko -observó Yukari, reparando en mi forma de hablar más expresiva-. Antes tenías un acento más pasota, ¿no? O a lo mejor es por el peinado, que te da un aire diferente.

-¿Tú crees? Para mí no ha cambiado, pero igual es porque la veo a menudo -intervino Miho ladeando la cabeza.

Sin embargo, yo le di la razón a Yukari en silencio, pues el mundo que yo había asimilado como propio sí había cambiado. Los componentes que formaban mi ser eran distintos, como si el agua que contenía mi cuerpo antes de tener amigas se hubiera evaporado casi del todo y hubiera sido reemplazada por agua nueva.

Cuando nos habíamos conocido años atrás, casi todos mis compañeros de trabajo eran universitarios que vivían a sus anchas, y mi forma de hablar no tenía nada que ver con la de ahora.

-Bueno, igual sí que he cambiado. -Sonreí enigmáticamente.

-Ahora que lo dices, es verdad que viste de forma un poco diferente. Antes no se arreglaba tanto.

-Sí, puede que sí. ¿Esa falda no es de una tienda de Omotesando? Yo me probé la misma pero en otro color. ¡Es monísima!

-Sí, últimamente solo me compro la ropa allí -dije.

Sonreí, con mi nueva ropa y mi nuevo ritmo de pronunciar las palabras, hasta el punto de que mis amigas no sabían con quién estaban hablando. Aun así, Yukari siguió repitiendo: «¡Cómo os he echado de menos!», sin dejar de sonreírme.

Miho y Satsuki quedaban muy a menudo en nuestra ciudad natal, por eso utilizaban expresiones y formas de hablar idénticas. Su forma de comer dulces era especialmente parecida: con sus manos de uñas arregladas, ambas partían las galletas en pequeños trocitos que se llevaban a la boca. Intenté recordar si antes también lo hacían, pero mis recuerdos eran borrosos. Probablemente ya hubieran perdido los pequeños hábitos y gestos que tenían cuando las conocí.

-La próxima vez avisaremos a las demás. Ahora que Yukari ha vuelto, podríamos llamar a Shiho, por ejemplo -propuso Miho, y las demás aceptamos con entusiasmo.

-Sí, claro, ¡buena idea!

-Podríamos hacer otra barbacoa con los maridos y los niños.

-¡Vale, me apunto! Estaría bien que nuestros hijos también fueran amigos.

-Ay, sí, ¡sería tan bonito! -suspiró Satsuki con cierta envidia.

-¿Vosotros no queréis tener hijos, Satsuki? -le preguntó Yukari.

-Sí que queremos... Por ahora lo estamos intentando de forma natural, pero supongo que pronto empezaremos algún tratamiento.

-Bien, ¡es el momento ideal! -asintió Miho.

Satsuki miraba al niño de Miho, que estaba profundamente dormido, y me pareció que se establecía una especie de conexión entre los úteros de ambas mujeres.

-¿Y tú, Keiko? ¿No tienes planes para casarte todavía?

-No, aún no.

-¡No me digas que sigues trabajando por horas!

Reflexioné antes de contestar. Era raro que una mujer de mi edad no tuviera un trabajo estable ni estuviera casada, lo sabía porque mi hermana me lo había explicado. Aun así, no me atreví a mentir delante de Miho y Satsuki, que conocían mi situación.

-Sí, la verdad es que sí. -Al oír mi respuesta, Yukari hizo una mueca de perplejidad y me apresuré a añadir:- Sigo un poco delicada de salud, por eso aún trabajo por horas.

Cuando empecé a salir con las chicas de mi ciudad natal, les dije que tenía una enfermedad crónica que me debilitaba mucho y solo me permitía trabajar por horas. En cambio, en la tienda había dicho que mis padres estaban delicados de salud y tenía que cuidar de ellos. Fue mi hermana quien había inventado ambas excusas.

A los veinte años no necesitaba ninguna excusa porque a nadie le extrañaba que estuviera trabajando por horas, pero ahora era la única que no tenía ningún vínculo con la sociedad: ni marido, ni empleo estable.

En el fondo, a las demás debía de parecerles raro que trabajara tantas horas de pie y tantos días por semana, si no me encontraba bien.

-¡Cuéntanos algún cotilleo! ¿No has tenido ningún lío? -preguntó Satsuki en tono de broma.

-¿Lío?

-Si has salido con alguien. Nunca nos hablas de ningún novio.

-Ah, no. Es que nunca he tenido -respondí, diciendo la verdad sin querer.

Las demás callaron e intercambiaron miradas de incredulidad. Entonces recordé que mi hermana me había advertido que, ante aquel tipo de preguntas, lo mejor era dar una respuesta imprecisa como: «Bueno, tuve algo que pintaba bien, pero no tengo buen ojo para los hombres». Así insinuaría que, aunque nunca había salido oficialmente con nadie, sí había tenido algún tipo de relación amorosa complicada, como un adulterio o una aventura de carácter sexual. «Si respondes a las preguntas personales de forma poco clara, los demás interpretarán tus respuestas como quieran», me había dicho mi hermana. Y yo acababa de meter la pata.

-Bueno, yo tengo algunas amigas homosexuales -intercedió Miho, como si acudiera al rescate-. Hay que ser tolerante. Y también tengo algunas que se han declarado asexuales.

-Es verdad, dicen que cada vez hay más. Que la gente joven no tiene interés por estas cosas.

-El otro día decían en la tele lo difícil que es salir del armario.

Aunque nunca me había acostado con nadie, casi nunca pensaba en mi propia sexualidad. El sexo me resultaba simplemente indiferente y no era un asunto que me preocupara. Sin embargo, las demás dieron por sentado que yo lo estaba pasando mal y siguieron hablando en aquellos términos. Y aunque hubiera estado sufriendo de verdad, a nadie se le ocurrió pensar que quizá lo que me angustiaba no fuera tan simple como lo que estaban insinuando. Pero ellas habían decidido explicarlo así porque parecía que les resultaba más fácil de entender.

Cuando de pequeña golpeé a aquellos niños con la pala, los adultos también se basaron en especulaciones infundadas, culparon a mi familia y aseguraron que tenía problemas en casa. «Si sufres abusos entenderemos por qué lo has hecho y nos quedaremos más tranquilos. Es eso, ¿verdad? Admítelo de una vez», se limitaban a decir.

¡Qué pesados! ¿Por qué querían quedarse tranquilos? Mientras pensaba en todo eso, repetía la excusa que mi hermana me había enseñado para cuando estuviera en apuros:

-No, es que estoy delicada de salud.

-Claro. Sí, sí. Ya, ya. Una enfermedad crónica, ¿verdad? Debe de ser duro para ti.

-Llevas mucho tiempo enferma, ¿no? ¿Cómo te encuentras?

Yo solo pensaba en volver a la tienda cuanto antes. Allí las cosas no eran tan complicadas, lo más importante era que todos los empleados fuéramos a la una. Independientemente de nuestro sexo, nuestra edad o nacionalidad, al ponernos el uniforme nos convertíamos en «dependientes» y ya no había diferencias entre nosotros.

Consulté el reloj, que marcaba las tres de la tarde. Pronto terminarían de cuadrar caja, irían al banco a buscar cambio, llegaría el camión cargado de bollos y comida para llevar y empezarían a colocar los productos recién llegados.

La tienda y yo estábamos conectadas a todas horas, aunque estuviéramos separadas. Mientras visualizaba nítidamente el lejano y luminoso Smile Mart de la estación de Hiirō y el ruido de la tienda me colmaba los oídos, me acariciaba suavemente el regazo con aquellas uñas que siempre llevaba bien cortas para poder manipular la caja.

A la mañana siguiente, me desperté temprano y decidí que bajaría en la estación anterior y llegaría a la tienda andando. En el primer tramo del trayecto había varios bloques de pisos y restaurantes, pero a medida que me acercaba a la tienda solo encontraba edificios de oficinas.

Aquella sensación de que el mundo se moría poco a poco me resultaba reconfortante. El paisaje no había cambiado desde el día en que me perdí y encontré la tienda por casualidad. Apenas se veían seres vivos, salvo algún que otro ejecutivo trajeado que pasaba rápidamente a primera hora de la mañana.

A pesar de que solo había oficinas, en la tienda recibíamos a muchos clientes que parecían simples vecinos del barrio, y siempre me preguntaba dónde vivirían. Pensaba vagamente que mis clientes estarían durmiendo en algún lugar de aquel mundo que parecía encerrado en el interior de la muda abandonada de una cigarra.

Al anoecer, un sinfín de luces geoméricamente alineadas salpicaba el paisaje. A diferencia de las vistas que se extendían en el exterior de mi piso de alquiler barato, allí la luz también era fría y de color uniforme.

Pasear por los alrededores de la tienda también era una forma de recopilar información. Si los restaurantes cercanos empezaban a ofrecer comida para llevar, nuestras ventas se resentían, y cuando hacían obras en alguna calle vecina recibíamos más clientes que trabajaban en aquella calle. Cuando

llevábamos cuatro años abiertos, la tienda de la competencia se fue a pique y nos vimos desbordados. Los clientes de la competencia acudieron en masa y tuvimos que hacer horas extra porque la hora punta de la mañana no terminaba nunca. Se nos acabó la comida para llevar, y el dueño de la cadena amonestó al jefe de la tienda por su falta de previsión. Por eso de vez en cuando recorría el barrio con ojos de dependienta, observando con atención para poder anticiparnos a cualquier eventualidad.

No había grandes cambios, salvo que cerca de allí estaban construyendo un nuevo edificio. Cuando estuviera acabado, quizá la clientela volvería a aumentar. Tomé nota mental y llegué a la tienda, donde compré un sándwich y un té. En la trastienda encontré al jefe, que había vuelto a hacer el turno de noche. Introducía los datos de su turno en el ordenador, con la espalda encorvada y empapado en sudor.

-¡Buenos días!

-Ah, buenos días, Furukura. Hoy también llegas temprano.

El jefe tenía treinta años y nunca estaba quieto. Era un hombre sarcástico pero trabajador, y era el octavo jefe de la tienda.

El segundo jefe tenía tendencia a escaquearse, el cuarto era responsable y limpio, el sexto era un tipo estafalario que no caía bien a nadie y consiguió que todos los empleados del turno de tarde se fueran a la vez. El octavo jefe era relativamente apreciado por los dependientes por horas, y daba buen ejemplo porque era una persona trabajadora y dinámica. Al séptimo jefe le faltaba carácter y no prestaba suficiente atención al turno de noche, de modo que la tienda estaba hecha un desastre. Mientras miraba al octavo jefe pensé que era más fácil trabajar con él, aunque fuera tan sarcástico.

Los jefes habían ido cambiando a lo largo de aquellos dieciocho años, pero siempre había habido uno en la tienda. Por muy diferentes que fueran entre sí, todos juntos formaban un solo «jefe». El octavo jefe tenía una voz potente que siempre retumbaba en la trastienda.

-Por cierto, hoy empieza Shiraha, el chico nuevo. Ha hecho la formación de noche, o sea que es la primera vez que viene en el turno de día. Trátalo bien.

-¡De acuerdo! -respondí animadamente, y el jefe asintió un par de veces sin dejar de teclear.

-Me tranquiliza tenerte aquí, Furukura. Iwaki está más fuera que dentro, así

que por ahora en el turno de mañana estaréis tú, Izumi y Sugawara, además de Shiraha, el nuevo. Yo tendré que seguir cubriendo el turno de noche durante una temporada.

Aunque su tono de voz era completamente distinto, el jefe tenía la costumbre de alargar las palabras al hablar, igual que Izumi. El octavo jefe había llegado al equipo más tarde que Izumi. A lo mejor ella le había pegado su acento, o a lo mejor era Izumi quien había asimilado la forma de hablar del jefe y había empezado a alargar las palabras cada vez más. Mientras reflexionaba, asentí imitando el tono de Sugawara:

-De acuerdo, no hay problema. Espero que pronto contraten a alguien.

-Sí... Hemos empezado a aceptar solicitudes, y ya hemos preguntado a las chicas del turno de tarde si tienen alguna amiga que esté buscando un trabajo por horas. El turno de mañana lo tenemos cubierto gracias a ti, que vienes cinco días por semana.

En una tienda donde hay escasez de personal lo que te agradecen es que estés ahí, no importa si lo haces bien o mal. Yo no soy una dependienta tan eficiente como Izumi o Sugawara, pero llego puntual y no falto ni un solo día, y en eso no tengo rival. Por eso me valoran tanto.

En ese preciso instante se oyó una fina voz al otro lado de la puerta que decía:

-Con permiso.

-Shiraha, ¿eres tú? ¡Adelante, pasa! ¿No te pedí que vinieras media hora antes de tu turno? ¡Llegas tarde!

La puerta se abrió despacio mientras el jefe hablaba y un hombre alto y delgado como una percha de alambre entró cabizbajo. Debía de superar de largo el metro ochenta de estatura.

Para rematar su aspecto de percha, llevaba unas gafas plateadas que parecían un trozo de alambre pegado a la cara. Vestía camisa blanca y pantalón negro, tal y como establecía el protocolo de la tienda, pero estaba tan delgado que la camisa le venía grande, y aunque le dejaba las muñecas al descubierto, se le formaban unas bolsas antinaturales alrededor de la cintura.

En un primer momento me sorprendió el aspecto de Shiraha, que parecía un saco de huesos recubierto de piel, pero enseguida lo saludé con una reverencia.

-¡Encantada de conocerte! Soy Furukura, del turno de mañana. ¡Un placer

tenerte con nosotros!

En aquella ocasión, mi forma de hablar recordó más bien la del jefe. Shiraha pareció intimidado ante mi impetuoso saludo.

-Hola -acertó a responder tímidamente.

-Venga, Shiraha, ¡saluda tú también! Los principios son importantísimos, ¡saluda como es debido!

-Esto... Buenos días -murmuró con un hilo de voz.

-Ya has terminado la formación. A partir de hoy, eres un empleado más del turno de mañana. Te hemos enseñado lo básico sobre la caja registradora, la limpieza y la forma de preparar la comida rápida, pero te queda mucho por aprender. La señorita Furukura, ahí donde la ves, lleva trabajando aquí desde que abrió la tienda. Pregúntale lo que quieras, ella te lo explicará.

-Bien...

-Dieciocho años, ¡dieciocho! ¡Ja, ja! Te has quedado pasmado, ¿verdad? ¡Es una auténtica veterana!

Shiraha se había quedado tan perplejo que sus ojos hundidos parecieron adentrarse aún más en las órbitas.

Mientras buscaba la forma de romper el hielo, la puerta se abrió de golpe y apareció Sugawara. Llevaba una funda a la espalda que debía de contener un instrumento musical.

-¡Buenos días!

Sugawara entró en la trastienda y saludó a Shiraha nada más verlo.

-¡Ah, tú debes de ser el nuevo! ¡Bienvenido, un placer!

Sugawara tenía un timbre de voz aún más potente que el del octavo jefe. Tuve un mal presentimiento, pero antes de averiguar qué era, Sugawara y Shiraha habían terminado de cambiarse.

-¡Bien! Hoy me encargo yo del briefing. Para empezar, tengo que decir que Shiraha ya ha terminado la formación y a partir de hoy trabajará con vosotras de nueve a cinco. Shiraha, procura saludar a los clientes de forma enérgica y animada. Si tienes alguna duda, pregunta a tus compañeras. Las dos son veteranas. Si puedes, atiende en caja durante la hora punta.

-S... sí -asintió Shiraha.

-Más cosas: hoy tenemos los perritos calientes de oferta, así que llenad el expositor a tope. ¡El objetivo es vender cien unidades! La última vez que los

ofertamos vendimos ochenta y tres, así que ¡a vender! Cuantos más haya, ¡mejor! ¿Has tomado nota, Furukura?

-¡Sí! -respondí levantando la voz.

-La sensación térmica en la tienda es muy importante. La diferencia de temperatura respecto a la de ayer es muy grande y hoy saldrán más productos frescos, así que procurad ir reponiendo las bebidas cuando veáis que se acaban. Hoy toca anunciar la oferta de perritos calientes y el nuevo postre, el budín de mango.

-¡De acuerdo! -respondió Sugawara con voz alta y clara.

-Bien, hasta aquí el briefing de hoy. Ahora repetiremos al unísono el juramento y las fórmulas de cortesía para atender a los clientes. ¡Repetid conmigo!

Todos alzamos la voz para unirnos a la potente voz del jefe.

-Juramos que nuestro objetivo es prestar el mejor servicio para que el cliente se sienta a gusto y nuestra tienda sea su tienda de referencia.

-Juramos que nuestro objetivo es prestar el mejor servicio para que el cliente se sienta a gusto y nuestra tienda sea su tienda de referencia.

-¡Bienvenido!

-¡Bienvenido!

-¡Con mucho gusto!

-¡Con mucho gusto!

-¡Muchas gracias!

-¡Muchas gracias!

Las tres voces resonaron al unísono. El briefing matutino era más formal cuando estaba el jefe.

-Parece una ceremonia religiosa -comentó Shiraha en un susurro.

Le di la razón en silencio.

A partir de entonces nos convertimos en aquellos seres denominados «dependientes» cuya existencia estaba al servicio de la tienda. Shiraha, que aún no estaba familiarizado con aquellos rituales, se limitaba a abrir y cerrar la boca sin emitir apenas ningún sonido.

-¡Hasta aquí el briefing! ¡A trabajar!

-¡Sí! -respondimos Sugawara y yo.

-Si hay algo que no entiendes, no dudes en preguntármelo -le dije a

Shiraha. Él rio un poco.

-¿Algo que no entienda? ¿Sobre un trabajo por horas en una konbini?

Shiraha reía por la nariz emitiendo un silbido, como si tuviera una membrana de mucosidad recubriéndole el interior de las fosas nasales.

Entonces me di cuenta de que en la parte interna de su piel reseca, que parecía de papel, había humedad suficiente para crear membranas, y que aquellas membranas se podían romper.

-No tengo ninguna duda, lo tengo todo más o menos claro -respondió rápidamente en voz baja.

-Ah, ¿ya tienes experiencia en otra tienda? -le preguntó Sugawara.

-¿Cómo? No, en absoluto -contestó él, sin apenas levantar la voz.

-Bueno, seguro que te falta mucho por aprender. Furukura, ¡a la nevera de las bebidas! Yo he terminado por hoy, me voy a la cama.

-¡Sí!

Sugawara salió corriendo mientras decía:

-¡Voy a la caja!

Llevé a Shiraha a la nevera de bebidas envasadas y me dirigí a él calcando la forma de hablar de Sugawara:

-Bueno, para empezar tienes que colocar todos los envases de cara. Las bebidas se venden sobre todo por la mañana, así que la nevera tiene que estar siempre llena y ordenada. Comprueba que las etiquetas del precio estén bien colocadas. Y no olvides saludar a los clientes mientras estés haciendo esta clase de tareas. Cuando alguien quiera comprar algo, apártate enseguida para no estorbar.

-Vale, vale -respondió Shiraha apáticamente, y empezó a colocar los envases de cara al público.

-Cuando hayas terminado, avísame y te enseño a limpiar.

El chico siguió a lo suyo sin responder.

Estuve un rato en la caja y, cuando terminaron las puntas de trabajo de la mañana, fui a ver a Shiraha. No estaba. Las bebidas estaban mal alineadas y el estante reservado para el zumo de naranja estaba lleno de cartones de leche.

Fui a buscarlo y lo encontré en la trastienda, leyendo el manual con actitud pasota.

-¿Qué ha pasado? ¿Tenías alguna duda?

-No, es que el manual de esta cadena no da ni una, no está bien hecho - respondió él, hojeando el manual con aires de importancia-. Si lo hubiera redactado yo, este negocio marcharía mucho mejor.

-No has terminado de ordenar las bebidas, ¿verdad?

-Sí, ya he terminado.

Al ver que no apartaba la vista del manual, me acerqué a él y le dije animadamente:

-Antes de consultar el manual, debes ordenar las bebidas. Es fundamental que te acostumbres a ordenar y saludar a los clientes. Si no sabes cómo hacerlo, ven conmigo y te lo enseño.

Regresé a la nevera con Shiraha, que parecía contrariado, y le expliqué la forma correcta de exponer las bebidas mientras lo hacía delante de él para demostrárselo.

-Tienes que colocarlas así, de forma que la parte frontal del producto quede de cara a los clientes. Y no puedes cambiar los envases de sitio. Aquí van los zumos de verdura, este es el sitio de la leche...

-Este no es trabajo para un hombre -susurró Shiraha-. Las cosas funcionan así desde la Edad de Piedra. Los hombres salen a cazar y las mujeres los esperan mientras vigilan la casa y recogen frutos de los árboles y flores silvestres. Esta clase de tareas son más adecuadas para la estructura cerebral de las mujeres.

-¡Pero ya no estamos en la Edad de Piedra, Shiraha! Todos los dependientes de la tienda somos iguales, tanto los hombres como las mujeres. Ven conmigo a la trastienda, que hay que ordenar las existencias. Te enseñaré cómo se hace.

Saqué las existencias del almacén y le expliqué a Shiraha cómo ordenarlas. Luego, volví rápidamente a mis quehaceres.

Fui a la caja registradora con las existencias de perritos calientes. Sugawara, que estaba reponiendo café, me miró con la frente arrugada.

-Ese chico es un poco raro, ¿no? Se supone que ya ha terminado la formación y que hoy es su primer día, pero apenas ha tocado la caja todavía y, encima, ha venido a decirme que preparase yo los encargos.

-¡No me digas!

A mí me parecía que, fueran cuales fueran sus aspiraciones, era bueno que

estuviera motivado por algo. Sugawara me sonrió levantando sus mejillas regordetas.

-Nunca te enfadas, Furukura.

-¿Cómo?

-Eres fabulosa. Yo no puedo con esa clase de gente, me ponen de los nervios. Es verdad que a veces te solidarizas con Izumi y conmigo cuando ves que estamos enfadadas por algo, pero nunca eres tú la que empieza quejándose. Y nunca te he visto enfadarte con los nuevos.

Me sobresalté.

Me sentí como si mi falsedad hubiera quedado al descubierto y tuve que reaccionar rápidamente para salvar las apariencias.

-No es verdad, lo que pasa es que intento disimularlo.

-¿Lo dices en serio? ¡Me sorprendería tanto verte enfadada!

Sugawara soltó una fuerte carcajada. Parecía muy tranquila. Yo, en cambio, tenía que hacer un gran esfuerzo por seguir hablando, moviendo los músculos de la cara e hilvanando las palabras con la máxima prudencia posible.

Oí el ruido de una cesta contra la superficie metálica de la caja. Me volví rápidamente y vi a una de nuestras clientas habituales, una señora mayor que usaba bastón para andar.

-¡Bienvenida!

Cuando empecé a escanear los códigos de barras, la mujer me sonrió y dijo:

-Aquí nunca cambia nada.

Tardé un momento antes de responderle:

-Tiene razón.

En la tienda apenas quedaba ya nada de lo que había el día de la inauguración: ni el jefe, ni los dependientes, ni los palillos, ni las cucharas, ni los uniformes, ni las monedas, ni los huevos o la leche cuyos códigos ahora escaneaba ni las bolsas de plástico donde los metía eran los mismos que el primer día. Siempre estaban ahí, pero ya no eran los mismos.

Supongo que a eso se refería la señora al decir que allí nunca cambiaba nada.

-Serán trescientos noventa yenes, por favor -le dije mientras reflexionaba.

El viernes era mi día libre. Fui a Yokohama a ver a mi hermana pequeña, que vivía en las afueras, en la zona residencial nueva del barrio de la estación. Su marido trabajaba en una compañía eléctrica y solía volver en el último tren.

La casa de mi hermana no era muy grande, pero era nueva y bonita, y estaba equipada con todas las comodidades.

-Pasa, Keiko. Acabo de acostar a Yutaro.

Entré procurando no hacer ruido. Era la primera vez que visitaba a mi hermana desde el nacimiento de mi sobrino.

-¿Cómo te va con el niño? ¿Es muy duro?

-Sí, es durillo, pero voy cogiendo el ritmo. Ahora ya duerme por las noches, y por lo general es un bebé tranquilo.

Mi sobrino parecía un ser distinto al que había visto al otro lado del cristal de la maternidad. Había engordado y tenía una forma más humana, y había empezado a crecerle el pelo.

Dimos buena cuenta de la tarta que yo había traído mientras tomábamos un té -yo- y un rooibos desteinado -mi hermana-.

-¡Qué rico! Apenas he salido desde que nació Yutaro, y llevaba tiempo sin comer dulces.

-Me alegro de que te guste.

-Cada vez que me traes algo de comida me acuerdo de cuando éramos pequeñas. -Rio mi hermana, un poco avergonzada.

Mientras mi sobrino dormía, le rocé la mejilla con el dedo índice y la noté extrañamente suave, como si estuviera acariciando una ampolla.

-Cuando lo miro, me parece estar viendo un animalillo -dijo mi hermana, que no podía ocultar su felicidad.

El niño era de constitución frágil y enseguida tenía fiebre, por lo que mi hermana dedicaba todo su tiempo y sus energías a cuidar de él. Aunque sabía que los bebés solían tener fiebre y no era nada grave, se preocupaba cada vez que la temperatura le subía mucho.

-¿Y tú cómo estás, Keiko? ¿Todo bien en el trabajo?

-Sí, todo bien. Por cierto, el otro día quedé con Miho y las demás y estuve al lado de casa.

-¿Otra vez? ¡Qué bien! Tendrías que venir más a menudo a ver a tu sobrino

-dijo mi hermana riendo.

A mí todos los bebés me parecen iguales, tanto mi sobrino como los hijos de Miho, y no entiendo por qué tengo que ir expresamente a ver a mi sobrino. Supongo que hay que tener cierta consideración con los bebés de tu propia familia, pero para mí los bebés son como los gatos callejeros: aunque sean un poco diferentes entre sí, todos son animales de la misma especie.

-Por cierto, Asami. ¿Se te ocurre alguna buena excusa? Últimamente no me toman en serio cuando digo que estoy delicada de salud.

-A ver, déjame pensar... Di que estás delicada de salud porque estás en plena rehabilitación. No es del todo una excusa ni una mentira, es como hacerlo público.

-Pero así parezco un bicho raro, y los que piensan que soy rara me acribillan a preguntas. Me vendría bien una excusa para no tener que dar tantas explicaciones.

La gente se cree con derecho a escarbar en aquello que considera raro hasta dar con una explicación. A mí me molestaba su insistencia, me resultaba fastidiosa e impertinente. Me cansaba tanto que a veces sentía la tentación de coger una pala y empezar a asestar golpes, como aquella vez en el colegio.

Recordé que le había contado aquella historia a mi hermana sin darle ninguna importancia y que había estado a punto de hacerla llorar, así que opté por callar. Ella siempre ha sido muy buena conmigo y no tenía la intención de entristecerla.

-Por cierto -dije, sacando un tema más alegre-, hacía tiempo que no veía a Yukari y me dijo que me notaba cambiada.

-Sí, la verdad es que estás diferente.

-¿Tú crees? Pero tú también estás diferente, Asami. Tienes un aire más adulto que antes.

-¡Qué cosas dices! Hace tiempo que soy adulta.

Mi hermana tenía patas de gallo, hablaba de manera más sosegada que antes y vestía con ropa más discreta. Pensé que la gente de su entorno debía de ser así.

El bebé rompió a llorar. Mi hermana lo cogió en brazos rápidamente y lo acunó para calmarlo.

Miré el pequeño cuchillo que había utilizado para cortar la tarta: si de lo

que se trataba era de tranquilizarlo, no sería tan difícil. Mi hermana abrazaba desesperadamente al bebé. Mientras la observaba, me limpié la nata de los labios.

Cuando llegué al trabajo a la mañana siguiente, en la tienda flotaba una tensión muy poco usual.

Junto a la entrada, al lado de la puerta automática, uno de nuestros clientes habituales miraba hacia el rincón de las revistas como si hubiera visto un fantasma. La mujer que siempre venía a comprar café pasó por mi lado y salió de la tienda a toda prisa, y delante del expositor del pan había dos hombres hablando en voz baja.

Sin entender nada, seguí la mirada de los clientes y me di cuenta de que todos observaban a un hombre de mediana edad que llevaba un traje gastado.

El hombre merodeaba por la tienda y se iba dirigiendo a los demás clientes. Agucé el oído y comprendí que les estaba llamando la atención.

-¡Eh, usted! ¡Cuidado con ensuciar el suelo! -increpó con voz atiplada a un hombre que llevaba los zapatos sucios-. ¡No, no toque eso! Está muy bien ordenado y lo va a fastidiar -regañó a una mujer que iba a coger una chocolatina.

Atónitos, los clientes lo vigilaban de lejos sin perderlo de vista, incómodos ante la posibilidad de ser los siguientes.

En la caja había mucha gente esperando. El jefe estaba ocupado tomando nota para un reparto a domicilio y Dat despachaba en la otra caja a toda velocidad. Se había formado una larga cola. El hombre se acercó a los clientes y les dijo:

-Arrímense a la pared y formen una fila recta, ¡venga!

Los clientes parecían incómodos, pero eran oficinistas que por la mañana estaban muy ocupados y tenían prisa por terminar las compras, así que ignoraron por completo al hombre y procuraron esquivarle la mirada.

Entré corriendo en la trastienda, saqué el uniforme de la taquilla y me cambié mirando las imágenes de la cámara de seguridad. Vi que el hombre se dirigía a la sección de revistas y llamaba la atención a un joven que estaba leyendo de pie.

-¡No se puede leer sin comprar! ¡Fuera de aquí! -le dijo en voz alta.

El joven cliente lo fulminó con la mirada y luego se dirigió a Dat, que estaba muy ocupado en caja:

-¿Quién es este? ¿Trabaja aquí? -le preguntó.

-No, es..., bueno, un cliente -respondió Dat, desconcertado, haciendo una breve pausa.

-Así que no trabajas aquí, ¿eh? -le dijo el joven al hombre, encarándose con él-. ¿Y con qué derecho te metes con los demás?

Dice la normativa que, cuando hay problemas, nos corresponde a los empleados tomar medidas rápidamente. Así pues, terminé de cambiarme a toda prisa, me dirigí a la caja y me ofrecí para sustituir al jefe.

-¡Qué oportuna, muchas gracias! -me agradeció él en voz baja.

Luego, salió corriendo y se apresuró a mediar entre el hombre y el joven. Mientras entregaba al cliente el comprobante del reparto a domicilio, iba mirando de reojo para asegurarme de que no hubiera empezado una batalla campal dentro de la tienda. En ese caso, habría tenido que pulsar el botón de la alarma.

Al final, el jefe consiguió calmar los ánimos y el hombre salió de la tienda refunfuñando.

La tensión desapareció y en la tienda volvió a reinar el ambiente habitual de todas las mañanas.

Este es un lugar que normaliza a la fuerza. Cualquier cuerpo extraño debe ser eliminado inmediatamente. Una vez que se hubo disipado la inquietud que contaminaba el ambiente, los clientes volvieron a centrarse en el pan o el café, como siempre.

-Gracias por acudir al rescate, Furukura -me dijo el jefe cuando la cola disminuyó y pude regresar a la trastienda.

-¡De nada! Me alegro de que la cosa no haya ido a peor.

-No sé de dónde habrá salido ese hombre. No lo había visto nunca por aquí.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Izumi, que ya había llegado.

-Nada, que ha entrado un tipo raro que se paseaba por la tienda molestando a los demás clientes.

-¿En serio? ¿Era uno de los habituales?

-No, no había venido nunca. Por eso no entiendo qué hacía aquí. Tampoco parecía actuar con mala intención. Si vuelve por aquí, avisadme enseguida. Lo último que quiero son peleas entre clientes.

-Entendido.

-Pues nada, yo me voy. Hoy he vuelto a hacer el turno de noche.

-Que descanse. ¡Ah! Por cierto, jefe. ¿Podría llamarle la atención a Shiraha? Tiene tendencia a escaquearse y a mí no me hace caso.

Izumi era casi como una empleada en nómina que discutía con el jefe asuntos relacionados con los trabajadores por horas.

-Ese tipo es un desastre. Cuando lo entrevistamos ya tuve un mal presentimiento. Habla como si despreciara el trabajo de la tienda, no sé ni qué está haciendo aquí. Pero lo contratamos para solventar la falta de personal, así que tendré que hablar en serio con ese idiota por lo menos una vez, a ver si cambia de actitud.

-Además, muchos días llega tarde. Igual que hoy: ya son las nueve y aún no ha aparecido.

Izumi arrugó la frente.

-Tiene treinta y cinco años, ¿no? No tiene edad para estar trabajando por horas en una konbini.

-Está acabado. Es un fracasado, un lastre para la sociedad. En esta vida, todos tenemos la obligación de establecer un vínculo con la sociedad, ya sea trabajando o formando una familia.

Izumi asintió solemnemente y luego pareció caer en la cuenta de algo y le dio un golpecito al jefe para llamarle la atención.

-Aunque en el caso de Furukura se entiende, por sus circunstancias familiares. ¿Verdad? -dijo.

-Sí, claro. Furukura no tiene más remedio. Además, en una mujer no es lo mismo que en un hombre -se apresuró a decir el jefe, y volvió al tema de Shiraha sin darme tiempo a contestar-. Comparado contigo, Shiraha está acabado de verdad. A veces lo veo jugueteando con el móvil mientras está atendiendo en caja.

-Sí, ¡yo también lo he visto!

-¿En horario laboral? -pregunté sorprendida, interviniendo en la conversación.

Una de las reglas básicas de la tienda era no llevar el móvil encima mientras trabajábamos, y me resultaba incomprensible que se saltara una norma tan sencilla.

-Siempre reviso las imágenes que se graban mientras yo no estoy. Shiraha es nuevo, así que quería saber cómo trabajaba. A simple vista no parece que lo haga mal, pero es muy vago.

-Siento no haberlo vigilado más de cerca.

-No, Furukura, no tienes por qué disculparte. Últimamente estás trabajando con mucho ahínco. Nadie saluda a los clientes como tú. He visto las imágenes de las cámaras y se nota que te lo tomas muy en serio. A pesar de que vienes todos los días, te dejas la piel en este trabajo.

Incluso cuando no estaba allí, el octavo jefe sabía que me desvivía por la tienda.

-¡Muchas gracias, señor! -respondí enérgicamente.

En ese preciso instante, la puerta se abrió y Shiraha entró sin decir nada.

-Ah..., buenos días -saludó en un tono apagado.

Estaba tan delgado que no se le aguantaba ni el pantalón, y llevaba unos tirantes que se insinuaban a través de la camisa blanca. La piel de sus brazos también parecía pegada a los huesos, y costaba creer que un cuerpo tan delgado pudiera albergar un corazón.

-¡Llegas tarde, Shiraha! Tienes que venir cinco minutos antes para cambiarte y hacer el briefing matutino. Además, quiero que saques todas tus energías al saludar por la mañana. Cuando abras la puerta del despacho, di «Buenos días» con todas tus fuerzas. Y otra cosa: solo está permitido consultar el teléfono móvil durante los descansos. Lo tienes escondido en la caja, ¿verdad? Te he visto.

-Yo... sí, lo siento -acertó a responder Shiraha, aturdido-. Se..., se refiere a lo de ayer, ¿verdad? ¿Has sido tú, Furukura? -preguntó entonces, pensando que yo lo había delatado.

Le respondí que no meneando la cabeza.

-Las cámaras, ¡las cámaras! -exclamó el jefe-. Aunque haga el turno de noche, veo todo lo que pasa por la mañana. Lo de los teléfonos móviles puede que no esté lo bastante claro en la normativa, pero que sepas que están prohibidos.

-Ah, vale. No lo sabía, lo siento.

-Pues tenlo en cuenta a partir de hoy. Por cierto, Izumi, ¿me acompañas un momento a la calle? Quiero empezar a preparar la campaña de souvenirs de

verano. Este año tenía pensado montar un expositor llamativo.

-Sí, claro. Ya han llegado las primeras muestras, ¿verdad? Lo ayudaré con mucho gusto.

-Me gustaría dejarlo hecho durante el día de hoy, pero hay que regular la altura de todos los estantes. Quiero colocar los souvenirs de verano en los estantes inferiores, así que habrá que subir los superiores una posición. Furukura, Shiraha, ¿os encargáis vosotros del briefing? Empezad sin nosotros.

-¡De acuerdo!

Cuando el jefe e Izumi salieron de la trastienda, Shiraha chasqueó la lengua. Me volví hacia él.

-¡Bah! -Escupió-. Se lo tiene muy creído, para ser solo el jefe de una tienda.

Hay mucha gente que menosprecia el trabajo de los empleados de una konbini. Siempre me ha gustado observar las caras de desdén de la gente, admito que me interesan mucho. Me parecen muy humanas.

También hay algunos que discriminan este empleo a pesar de dedicarse a él. Miré a Shiraha de reojo. Lo más curioso de una cara de desdén es la forma de los ojos. En algunos casos albergan un brillo beligerante, de miedo y cautela ante una objeción, o bien de defensa ante un rechazo. En otros casos, cuando el desdén es inconsciente, los globos oculares se empapan de un líquido que contiene una mezcla de complejo de superioridad y placer extasiado, y que empaña la mirada como un fino velo.

Observé atentamente las pupilas de Shiraha. Tenían una forma bastante simple, de pura discriminación.

Shiraha, que se sentía observado, abrió la boca. Tenía las raíces de los dientes amarillentas, incluso negras en algunas partes. Probablemente llevaba mucho tiempo sin ir al dentista.

-Aunque vaya por ahí con esos aires, ser el jefe de una tienda tan pequeña es de fracasados. No sé quién se cree que es, ese pringado.

Utilizó palabras muy duras, pero las masculló en voz baja, sin apenas alterarse. Hay dos tipos de discriminadores: los que albergan un auténtico impulso o deseo de discriminar y los que se limitan a disparar a diestro y siniestro términos discriminatorios que han oído en alguna parte. Shiraha parecía de los últimos.

Siguió escupiendo palabras rápidamente, tartamudeando de vez en cuando:

-En esta tienda no hay más que pringados, como en todas las konbini. Amas de casa que no tienen suficiente con los ingresos de sus maridos, trabajadores por horas sin planes de futuro, universitarios pringados que no pueden aspirar a un trabajo más decente como profesores particulares y extranjeros que trabajan lejos de sus casas. Simplemente pringados.

-Tienes razón.

Me sentí identificada. Le respondí articulando las palabras como una humana, pero sin decir nada. A Shiraha parecía gustarle la palabra «pringado». La había utilizado cuatro veces en muy poco tiempo. Recordé lo que había dicho Sugawara: «Cuando lo pillas escaqueándose, siempre tiene una excusa a punto. ¡Menuda jeta! Cada vez me da más rabia». Mientras repetía mentalmente sus palabras, iba asintiendo a lo que decía Shiraha.

-¿Y por qué empezaste a trabajar aquí? -me limité a preguntar.

-Para encontrar esposa -respondió él, como si fuera lo más normal.

-¿Cómo? -exclamé sorprendida.

Hasta ahora había oído toda clase de motivos, como que estaba cerca de casa o que parecía divertido, pero era la primera vez que conocía a alguien que quería trabajar en una konbini por aquella razón.

-Pero ha sido un fracaso. Aquí no hay nadie aceptable. Las chicas jóvenes no quieren nada serio, y las demás son demasiado mayores.

-La mayoría de las mujeres que hacen esta clase de trabajo son estudiantes que trabajan por horas, hay muy pocas que estén en edad de casarse.

-Hay algunas clientas que no están mal, pero muchas parecen demasiado mandonas. Este barrio está lleno de grandes empresas, y las mujeres que trabajan en ellas se lo tienen muy creído y no me interesan -prosiguió Shiraha, que movía la boca como si hablara para sí mismo, con la vista fija en un anuncio colgado en la pared que decía: «¡Fijémonos un nuevo objetivo! ¡Los souvenirs de verano!»-. Solo tienen ojos para sus compañeros de trabajo, nunca se fijarían en mí. Las mujeres siempre han sido así, desde la Edad de Piedra. Las chicas jóvenes y guapas de la comunidad siempre se quedan con los cazadores más fuertes. Así se aseguran unos descendientes genéticamente fuertes, y los demás no tenemos más remedio que consolarnos entre nosotros. El concepto de «sociedad moderna» es una ilusión, vivimos en un mundo que apenas ha cambiado desde la Edad de Piedra. Empezando por la igualdad de género...

-Por favor, Shiraha, ponte el uniforme. Si no hacemos ya el briefing matutino, empezaremos a trabajar tarde -lo interrumpí al ver que empezaba a criticar a los clientes.

Él se dirigió a la taquilla con la mochila a la espalda, un poco a regañadientes. Metió la mochila en la taquilla sin dejar de refunfuñar en voz baja.

Mientras observaba a Shiraha, me acordé del hombre de mediana edad que el jefe había echado de la tienda.

-Ella te arreglará.

-¿Qué? -preguntó Shiraha, como si no me hubiera oído.

-Nada, olvídale. Cámbiate, que empezamos el briefing.

«La tienda es un lugar que normaliza a la fuerza, así que pronto te arreglará», pensé mientras observaba a Shiraha, que se cambiaba remoloneando.

Cuando llegué a la tienda el lunes por la mañana, el nombre de Shiraha estaba tachado con una gran equis roja en la hoja de turnos. Pensé que se habría cogido la mañana libre de improviso. A la hora que empezaba el turno apareció Izumi, que los lunes libraba.

-¡Buenos días! Jefe, ¿le ha pasado algo a Shiraha? -le pregunté al jefe, que acababa de entrar en la trastienda una vez terminado el turno de noche.

El jefe e Izumi intercambiaron una mirada.

-Bueno, en cuanto a Shiraha... -empezó el jefe con una amarga sonrisa-. Ayer tuvimos una pequeña charla y decidió dejarlo -dijo como si nada. En realidad, no me sorprendió mucho-. Cuando se escaqueaba o cogía cosas de la basura y se las comía a escondidas podíamos hacer la vista gorda, pero se ve que una de nuestras clientas habituales vino a buscar un paraguas que había olvidado y él se puso en plan acosador. Fotografizó la ficha con sus datos y su número de teléfono e intentó averiguar su dirección. Izumi lo pilló y yo lo comprobé enseguida con las imágenes de la cámara. Hablé con él y se despidió.

«Qué idiota», pensé. Algunos empleados se saltan a veces pequeñas normas, pero jamás de forma tan flagrante. Menos mal que el asunto no había llegado a manos de la policía.

-Siempre se había comportado de forma extraña. Consultaba sin permiso la lista de teléfonos de los empleados para apuntarse los números de las

chicas del turno de tarde, y las esperaba en la trastienda para acompañarlas a casa. Incluso llegó a intentarlo con Izumi, que está casada. Este era el motivo por el que trabajaba. A ti tampoco te gustaba, ¿verdad, Furukura? -preguntó el jefe.

Izumi arrugó la frente.

-Era muy desagradable, un pervertido. No solo con las dependientas, sino también con las clientas. Era lo peor. Ojalá lo detengan.

-Bueno, por ahora sigue en libertad.

-Lo que ha hecho es un delito. Y él, un delincuente. A esta clase de gente hay que pararle los pies cuanto antes.

Aunque seguíamos quejándonos, el ambiente que se respiraba era de alivio. Ahora que Shiraha se había ido, la paz que reinaba antes de su llegada había regresado a la tienda. Todos nos sentíamos aliviados tras habernos quitado de encima aquel estorbo y estábamos extrañamente alegres y locuaces.

-La verdad es que a mí me ponía de los nervios. Aunque vayamos cortos de personal, prefiero que no esté. -Sugawara, que acababa de llegar y había oído la conversación, rio-. Era lo peor. Siempre tan evasivo... Y cuando le llamabas la atención por escaquearse, te soltaba no sé qué rollo de la Edad de Piedra. Un tipo raro.

-¡Ya lo creo! Era realmente desagradable. Nunca sabías con qué te iba a salir. No vuelva a contratar a nadie así, jefe -añadió Izumi.

-¡Es que necesitábamos refuerzos!

-Si a esa edad te echan de un trabajo por horas en una konbini, es que estás acabado. Más te vale morir abandonado como un perro.

Todos se echaron a reír. Yo también le di la razón, pero pensé que, en el momento en que me convirtiera en un cuerpo extraño, me eliminarían de la misma forma.

-Habrá que buscar a alguien nuevo. Empezaremos otro proceso de selección.

Así fue como cambió otra de las células que formaban la tienda.

Cuando me disponía a ir a la caja una vez terminado el energético briefing matutino, una de nuestras clientas habituales, la señora del bastón, se inclinó hacia delante, alargó la mano hacia uno de los productos colocados en las estanterías inferiores y estuvo a punto de perder el equilibrio.

-Yo se lo alcanzo, señora. ¿Es esto lo que quiere? -le pregunté mientras cogía ágilmente un tarro de mermelada de fresa.

-Gracias -dijo ella con una leve sonrisa.

La ayudé a llevar la cesta a la caja. Mientras sacaba el monedero, la mujer volvió a decir:

-Aquí nunca cambia nada.

Podría haberle contado que hoy se había marchado una persona, pero me limité a darle las gracias y empecé a escanear los productos de la cesta.

La silueta de aquella clienta se superpuso al recuerdo de la anciana que había sido mi primera clienta dieciocho años atrás, la primera vez que me puse tras la caja. Aquella mujer también llevaba un bastón y venía todos los días, hasta que un día dejó de venir. Nunca supimos si su estado de salud había empeorado repentinamente o si se había mudado a otro barrio.

Sin embargo, yo repetí la misma escena. Después de seis mil seiscientos siete días, la mañana volvía a empezar igual que el primer día.

Metí los huevos en la bolsa de plástico con cuidado. Eran los mismos huevos que se habían vendido el día anterior, pero diferentes. La clienta metió los mismos palillos en la misma bolsa, guardó las mismas monedas del cambio y le sonrió levemente a aquella mañana, que era la misma que la anterior.

Miho me había invitado a una barbacoa el próximo domingo, y habíamos quedado en su casa por la mañana. Cuando ya me había comprometido a ayudarla con la compra, recibí una llamada de mis padres.

-Keiko, mañana has quedado con Miho, ¿verdad? Ya que estarás al lado de casa, ¿por qué no te pasas a saludar en algún momento? A tu padre le gustaría mucho verte.

-Huy, no creo que pueda. El lunes trabajo, y tendré que volver pronto a casa para descansar.

-Claro. Qué lástima... Para Año Nuevo tampoco viniste. Otro día que estés en la ciudad procura pasar por casa.

-Vale.

Debido a la falta de personal, aquel año había trabajado desde el día de Año Nuevo. La tienda abría los trescientos sesenta y cinco días, pero durante las vacaciones de Navidad las amas de casa tenían compromisos familiares y

los estudiantes extranjeros regresaban a sus países, por lo que siempre faltaba gente. Quería ir a celebrarlo con mis padres, pero me di cuenta de que me necesitaban en la tienda y decidí ofrecerme para trabajar.

-Por cierto, ¿cómo andas de salud? Estás muchas horas de pie todos los días, y eso siempre acaba pasando factura. ¿Cómo te van las cosas? ¿Alguna novedad?

Detrás de sus inquisidoras palabras, tuve la sensación de que mi madre deseaba que algo hubiera cambiado en mi vida. Seguramente estaba un poco cansada de que continuara exactamente igual que en los últimos dieciocho años.

Le dije que no tenía ninguna novedad.

-Ya -respondió ella, en un tono que no supe si era de alivio o de decepción.

Después de colgar el teléfono, contemplé mi imagen reflejada en el espejo. Me había hecho mayor desde que había vuelto a nacer como dependienta de tienda. Envejecer no me preocupaba, pero lo cierto era que me cansaba con más facilidad que antes.

¿Qué sería de mí cuando fuera demasiado vieja para trabajar en la tienda? El sexto jefe había tenido que dejarlo porque le dolía la cadera y no podía trabajar. Tendría que seguir cuidando de mi salud para evitar que me ocurriera algo semejante.

Al día siguiente, tal y como había prometido, llegué a casa de Miho por la mañana para ayudarla con la compra. Al mediodía llegaron los maridos de Miho y Satsuki, además de otras amigas que vivían más lejos. Hacía tiempo que no nos veíamos todos.

De las catorce o quince personas que nos reunimos, yo era la única soltera, aparte de otra chica. Yo no había caído en que todas las demás irían con pareja, pero Miki, la chica que tampoco estaba casada, me susurró al oído:

-Somos las únicas. Qué vergüenza, ¿verdad?

-¡Cuánto tiempo, chicas! ¿Cuándo fue la última vez? Para el pícnic de primavera, ¿verdad?

-¡Sí, creo que sí! Yo no había vuelto a la ciudad desde entonces.

-¿Y qué tal, cómo os va la vida?

Había varias chicas que llevaban tiempo sin pisar la ciudad, de modo que

nos pusimos al día una por una.

-Yo vivo en Yokohama, así estoy más cerca del trabajo.

-¿Has cambiado de trabajo?

-¡Sí! Ahora estoy en una empresa relacionada con la moda. En el trabajo de antes no había muy buen ambiente.

-Yo vivo en Saitama desde que me casé, y sigo trabajando de lo mismo.

-Yo he tenido un bebé, como podéis ver, y estoy de baja por maternidad -dijo Yukari, y luego me tocó a mí.

-Yo sigo trabajando por horas en la tienda. Estoy... -Iba a seguir con la excusa que se había inventado mi hermana, pero, antes de que pudiera terminar, Eri me interrumpió intrigada.

-Ah, ¿trabajas por horas? Eso significa que te has casado, ¿no? ¿Cuándo? -preguntó, dándolo por sentado.

-No, no me he casado -respondí.

-¿Ah, no? Y aun así, ¿trabajas por horas? -preguntó otra chica, Mamiko.

-Sí. Es por un tema de salud...

-Es verdad, Keiko está delicada de salud -se adelantó Miho para sacarme del apuro-. Por eso trabaja por horas.

Justo cuando se lo estaba agradeciendo en silencio, el marido de Yukari intervino en tono de incredulidad:

-Pero si tan delicada estás, ¿por qué pasas tantas horas de pie?

Aunque era la primera vez que lo veía, aquel hombre me había interpelado directamente y se había atrevido a cuestionar toda mi existencia con la frente arrugada.

-Es que... solo tengo experiencia en esto y me siento cómoda trabajando en la tienda, tanto física como mentalmente.

Al oír mi explicación, el marido de Yukari puso cara de haber visto un fantasma.

-¿Y hasta cuándo piensas seguir así? Es verdad que ahora te costaría encontrar trabajo, pero a lo mejor te convendría casarte. Actualmente hay muchas páginas web destinadas a encontrar pareja.

Mientras el marido de Yukari hablaba con vehemencia, me fijé en que su saliva salpicaba la carne que se asaba en la parrilla. Justo cuando pensaba en lo poco oportuno que resulta hablar encima de la comida, el marido de Miho

asintió enérgicamente.

-Tiene razón, ¿por qué no buscas pareja? Las mujeres lo tenéis fácil. Si fueras un hombre, no lo vería tan claro.

-¿Y si te presentamos a alguien? -propuso Satsuki-. Hiroshi conoce a mucha gente.

Shiho y las demás reaccionaron con entusiasmo.

-¡Claro, buena idea!

-¿Se os ocurre alguien adecuado para ella?

El marido de Miho le susurró algo al oído. Luego, sonrió amargamente y dijo en voz alta:

-Es que mis amigos están todos casados. No puedo presentarte a ninguno.

-¿Y si te inscribes en una página de citas online? Espera, que te sacamos una buena foto para tu perfil. No te hagas un selfi, cuelga una foto de un día como hoy, en una barbacoa con amigos. Así darás más buena impresión y te llegarán más solicitudes.

-¡Sí, qué buena idea! ¡Te sacaremos una foto! -dijo Miho.

-Claro, ¿es ahora o nunca! -añadió el marido de Yukari, conteniendo la risa.

-¿Ahora o nunca? ¿Por qué es ahora o nunca? -pregunté, y el marido de Miho puso cara de perplejidad.

-Bueno, cuanto antes mejor, ¿no? No puedes seguir como hasta ahora, y la verdad es que tienes prisa. Si sigues cumpliendo años, se te pasará el arroz.

-Seguir como hasta ahora... ¿Y por qué no puedo seguir como hasta ahora? ¿Qué tiene de malo? -pregunté con ingenuidad, y oí cómo el marido de Miho mascullaba.

-Qué marrón.

Miki, la otra soltera del grupo, explicó alegremente sus propias circunstancias.

-Yo también debería sentar cabeza. El problema es que viajo mucho por trabajo.

-Tú eres muy buena en tu trabajo, Miki. Ganas más que muchos hombres, y no hay ninguno que esté a tu altura -la defendió el marido de Yukari.

-¡La carne ya está lista! -anunció Miho.

Empezamos a servirnos visiblemente aliviados y comimos aquella carne

rociada de saliva del marido de Yukari. De repente, me di cuenta de que todos se alejaban un poco de mí y me daban la espalda, como aquel día en el colegio. Aun así, seguían lanzándome miradas de curiosidad como si fuera un bicho raro.

«Me he convertido en un cuerpo extraño», pensé vagamente.

Entonces me vino a la mente Shiraha, al que habían despedido. Quizá yo sería la siguiente.

El mundo normal es un lugar muy exigente donde los cuerpos extraños son eliminados en silencio. Las personas inmaduras son expulsadas.

Claro, por eso tenía que «curarme». Si no me curaba, sería eliminada del grupo de la gente normal.

Al fin comprendí por qué mis padres se habían empeñado tanto en curarme.

Estaba deseando escuchar el ruido de la tienda, así que aquella misma tarde, al salir de casa de Miho, me pasé por allí.

-¿Qué ocurre, Furukura? -me preguntó sonriendo una de las dependientas del turno de tarde, una estudiante de bachillerato que estaba limpiando-. Hoy tenías el día libre, ¿no?

-Sí, de hecho vengo de ver a mis padres y he pensado pasarme un rato para preparar la lista de pedidos.

-¡Vaya, qué aplicada eres!

En la trastienda encontré al jefe, que había llegado un poco antes de su turno.

-¿Empieza ahora el turno de noche, jefe?

-¡Hola, Furukura! ¿Qué haces tú por aquí?

-He terminado todo lo que quería hacer hoy y he vuelto antes de tiempo, así que he pensado en venir a introducir los códigos de los pedidos...

-¿Te refieres a los pedidos de chocolatinas? Los he introducido yo hace un momento, pero puedes revisarlos si quieres.

-Gracias, jefe.

El jefe estaba pálido por la falta de sueño.

Me senté ante el ordenador de la tienda y me puse a revisar los pedidos.

-¿Algún posible candidato para cubrir el turno de noche?

-No, qué va. Entrevisté a una persona, pero tuve que descartarla. Después

de lo que pasó con Shiraha, quiero contratar a alguien útil de verdad.

El jefe utilizaba mucho la palabra «útil», así que me pregunté si yo sería útil o no. Quizá trabajaba porque quería convertirme en una herramienta útil.

-¿Cómo era?

-No parecía mala persona, el problema era la edad. Era un jubilado que acababa de dejar otro empleo en una tienda porque le dolía la cadera. Y quería tener la posibilidad de librar cada vez que se encontrara mal. Si pudiera avisar con antelación, no le habría dicho que no, pero para tener a alguien que vaya a dejarnos colgados justo antes de empezar el turno de noche, prefiero seguir cubriéndolo yo mismo.

-Ya veo.

Un cuerpo maltrecho es «inútil» para el trabajo físico. Por muy responsable y aplicada que fuera, puede que yo también me convirtiera en un trasto inútil para la tienda cuando mi cuerpo envejeciera.

-Por cierto, Furukura, ¿el domingo que viene podrías venir, aunque solo fuera por la tarde? Sugawara tiene un concierto y no puede trabajar.

-Sí, no hay problema.

-¿En serio? ¡Me harás un gran favor!

Todavía era una herramienta «útil».

-Al contrario, me vendrá bien para mejorar los ingresos de este mes - respondí, sonriendo e imitando la forma de hablar de Sugawara. Me sentía aliviada e inquieta a partes iguales.

Fue por casualidad por lo que vi a Shiraha fuera de la tienda.

Una sombra apareció abruptamente en una esquina del distrito de negocios, que por la noche estaba desierto. Me hizo pensar en el juego al que jugaba de pequeña, y agucé la vista para que la sombra se me grabara en la retina y proyectarla después en otra superficie. Al acercarme vi a Shiraha asomándose tras un edificio como si intentara esconderse. Parecía nervioso.

Daba la sensación de que estaba esperando a que saliera la clienta cuya dirección había intentado averiguar. La mujer pasaba todos los días por la tienda al salir del trabajo para comprar frutos secos, y coincidió que yo estaba merodeando por la trastienda a aquella hora. Recordé lo que nos había contado el jefe la última vez.

Me acerqué por detrás procurando que no me viera y le grité:

-Voy a llamar a la policía, Shiraha.

Él se volvió con tal brusquedad que me asustó a mí también, y arrugó la frente al reconocermelo.

-¡Eres tú, Furukura!

-¿Estás espionando a alguien? Los empleados tenemos terminantemente prohibido molestar a los clientes.

-Yo ya no trabajo en la tienda.

-Pero yo sí, y como empleada no puedo hacer la vista gorda. El jefe te echó una buena bronca, ¿verdad? Está en la tienda, ¿quieres que lo avise?

Shiraha se envalentonó delante de mí, irguió la espalda y me miró con desdén.

-¿Y qué va a hacer ese pringado? ¡No es más que el perrito faldero de la empresa! No hay nada malo en lo que he hecho. Si una mujer me gusta y me enamoro de ella a primera vista, intento conquistarla. Es la tradición que han seguido los hombres y las mujeres desde siempre.

-Un día dijiste que eran los hombres fuertes los que conseguían a las mujeres. ¿No es eso una contradicción?

-Es verdad que ahora no trabajo, pero tengo una visión. Cuando tenga mi propio negocio, las mujeres caerán rendidas a mis pies.

-Antes ya ibas en ese plan y, cuando te viste rodeado de mujeres, no fuiste capaz de elegir.

Visiblemente incómodo, Shiraha agachó la cabeza.

-Lo que pasa es que no os enteráis. No ha cambiado nada desde la Edad de Piedra. Al fin y al cabo, seguimos siendo animales -dijo, echando balones fuera-. Si quieres que te sea sincero, este mundo sufre una grave disfunción. Como es un mundo incompleto, yo recibo un trato injusto.

Quizá tuviera razón. No fui capaz de imaginar cómo sería un mundo completamente funcional. Cada vez me costaba más entender qué era el «mundo». Incluso tenía la sensación de que era un concepto imaginario.

Shiraha me miró sin decir nada y, de repente, se tapó la cara con las manos. Pensé que iba a estornudar, pero entonces vi una lágrima que se le escapaba entre los dedos y me di cuenta de que estaba llorando. Los clientes no debían vernos allí, así que lo cogí por el brazo.

-Entremos en algún sitio -dije mientras lo llevaba a un restaurante cercano.

-Este mundo no admite cuerpos extraños. Siempre he sufrido por lo mismo -se lamentó Shiraha mientras bebía el té de jazmín del bufé de autoservicio del restaurante.

Se lo había llevado yo al ver que él seguía sentado en silencio y no parecía dispuesto a moverse. Se lo dejé delante y empezó a beber sin ni siquiera darme las gracias.

-Si no puedes seguir el ritmo de los demás, estás perdido. ¿Por qué trabajas por horas si tienes más de treinta años? ¿Por qué nunca has salido con nadie? Incluso te preguntan por tus experiencias sexuales como si fuera lo más normal. «Pero las de pago no cuentan», ¡te dicen riendo! No molesto a nadie, solo formo parte de una minoría y, a pesar de ello, se creen con derecho a violarte.

Cuando Shiraha, al que yo consideraba prácticamente un acosador sexual, utilizó la palabra «violar» para describir su sufrimiento sin tener en cuenta a las compañeras y clientas a las que había acosado, me di cuenta de que se sentía como una víctima y era incapaz de plantearse que quizá el agresor fuera él. Resultaba evidente que su pasatiempo favorito era compadecerse de sí mismo.

Asentí vagamente y dije:

-Sí, es muy duro.

Mis problemas eran muy parecidos, pero no entendía por qué Shiraha descargaba su frustración sobre quienes lo rodeaban, si no tenía nada por lo que luchar y nada que proteger. «Es sin duda una vida muy dura», pensé mientras bebía agua caliente. Casi nunca siento la necesidad de ingerir líquidos con sabor, por eso suelo tomar agua caliente sola, sin bolsitas de té o infusiones.

-Por eso quiero casarme, para que no puedan reprocharme nada -dijo Shiraha-. Necesito a una mujer con dinero. Quiero emprender un negocio relacionado con la comunicación. No puedo darte más detalles porque no quiero que me copies la idea, pero lo ideal sería casarme con alguien que me financiara la empresa. Estoy convencido de que será un éxito, y entonces nadie podrá echarme nada en cara.

-Si los aborreces porque se meten constantemente en tu vida, ¿por qué aspiras a vivir como ellos?

Al fin y al cabo, eso era aceptar el mundo en su totalidad, pensé extrañada.

-Es que ya estoy cansado -dijo Shiraha, y yo asentí.

-Los demás no entienden que estés cansado. Sabes que, si te casas, los que te critican empezarán a entenderte y se callarán. Por eso quieres hacerlo cuanto antes.

-No seas tan simplista. A los hombres, a diferencia de las mujeres, no solo se nos critica por eso. Cuando terminamos los estudios debemos encontrar trabajo, cuando tenemos trabajo debemos ganar más dinero, cuando ganamos dinero debemos casarnos y tener hijos. El mundo nos juzga constantemente. Las mujeres lo tenéis mucho más fácil, no nos compares -dijo Shiraha, visiblemente malhumorado.

-Entonces casarse no es la solución, ¿no? No tiene sentido -dije, pero él siguió hablando vehementemente sin contestarme.

-He leído muchos libros de historia para averiguar en qué momento empezó a equivocarse el mundo. Me he remontado a la era Meiji, al periodo Edo y al periodo Heian, y el mundo siempre ha estado equivocado. ¡Incluso en la Edad de Piedra!

Shiraha zarandeo la mesa y derramó el té de jazmín.

-Esto es lo que descubrí: que el mundo no ha cambiado desde la Edad de Piedra. Las personas que no aportan nada a la comunidad son marginadas, como los hombres que no cazan o las mujeres que no tienen hijos. Aunque digan que la sociedad actual es individualista, quienes no se esfuerzan por establecer algún vínculo con la comunidad reciben toda clase de presiones y coacciones hasta que, al final, se les expulsa.

-Te gusta mucho hablar de la Edad de Piedra, ¿verdad?

-No me gusta, ¡lo odio! Pero el mundo en el que vivimos es la Edad de Piedra disfrazada de sociedad moderna. Los hombres fuertes, los que cazan las presas más grandes, están rodeados de mujeres y pueden casarse con las más guapas. A los hombres que no participan en la cacería, o que sí participan pero son demasiado débiles para resultar útiles, se les desprecia. La estructura social no ha cambiado en absoluto.

-Ya.

Yo no podía hacer más que asentir como una idiota. Aun así, lo que decía no era del todo descabellado. Lo mismo ocurría en la tienda: los empleados nos íbamos reemplazando unos a otros, pero las escenas que se repetían eran siempre las mismas.

En mi cabeza resonaron las palabras de nuestra clienta: «Aquí nunca cambia nada».

-¿Y tú por qué estás tan tranquila, Furukura? ¿No se te cae la cara de vergüenza?

-¿A mí? ¿Por qué?

-Si sigues trabajando por horas, te harás mayor y nadie querrá casarse con una virgen madurita. Das asco. En la Edad de Piedra, las mujeres maduras que no podían tener hijos acababan merodeando por la aldea como almas en pena, solteras para siempre. No eran más que un lastre para la comunidad. Yo aún podría rehacer mi vida porque soy un hombre, pero tú estarías acabada.

Me pareció incoherente que Shiraha, que hasta entonces estaba disgustado por las críticas que recibía, ahora me atacara con aquellos reproches procedentes del mismo sistema de valores que tanto lo hacía sufrir. Supongo que a una persona que se siente violada le gusta arrojar a los demás los argumentos que utilizan en su contra.

Entonces Shiraha se dio cuenta de que lo que estaba tomando era té de jazmín.

-Yo quería un café solo -dijo disgustado.

Me levanté, me acerqué al bufé de bebidas, le serví un café y se lo dejé delante.

-Está asqueroso. El café de los lugares como este no vale nada.

Dejé una segunda taza de agua caliente delante de mi silla y me senté.

-Oye, Shiraha -propuse de repente-. Si tu único objetivo es casarte, ¿por qué no arreglamos los papeles y nos casamos?

-¿Qué?! -exclamó él.

-No te gusta que se metan en tu vida, y si no quieres que te echen de la comunidad debes actuar cuanto antes. Lo de la caza..., es decir, lo del trabajo es otro tema, pero si te casas ya no corres el riesgo de que te juzguen por no haber tenido experiencias amorosas ni sexuales.

-¿Se puede saber a qué viene eso? ¡Qué disparate! Lo siento, Furukura, pero es que no me excitas.

-¿Y qué más da? Eso no tiene nada que ver con el matrimonio. El matrimonio es una cuestión de papeles, mientras que la erección es un fenómeno fisiológico -le expliqué pacientemente aprovechando que había

cerrado la boca-. Puede que tengas razón y que el mundo no haya cambiado desde la Edad de Piedra. La comunidad persigue y margina a las personas que no necesita. Es el mismo sistema que rige en la tienda: los empleados incompetentes saltan de los turnos y se les despide.

-¿En la tienda?

-Para asegurar tu continuidad en la tienda, no te queda otra que convertirte en un «dependiente». Y es muy sencillo: solo tienes que ponerte el uniforme y comportarte según las reglas descritas en el manual. Si el mundo está en la Edad de Piedra, actúa según las normas de la Edad de Piedra. Si te disfrazas de persona normal y te comportas según el manual, nadie te echará de la comunidad ni te tratará como si estuvieras de más.

-No te entiendo.

-Tienes que interpretar al personaje imaginario llamado «persona normal» que todos tenemos dentro, igual que en la tienda interpretamos al personaje imaginario llamado «dependiente».

-Eso es muy difícil, por eso lo paso tan mal.

-Pero ¿no estabas intentando adaptarte? Es difícil hacerlo cuando llega la hora de la verdad, ¿no? Yo creo que lo más honesto con tu sufrimiento es que te enfrentes al mundo cara a cara y dediques toda tu vida a obtener la libertad.

Shiraha miraba fijamente el café, como si se hubiera quedado sin palabras.

-Que sea difícil no significa que sea imposible -proseguí-. Yo no soy como tú, hay muchas cosas que no me afectan. Como no tengo ningún objetivo en la vida, no me importa seguir el rumbo de la comunidad.

Iba a resolver las cuestiones de mi vida que más intrigaban a los demás. Quizá el proceso de «curación» consistiera en eso. En las últimas dos semanas, me habían preguntado «¿Por qué no te casas?» catorce veces, y «¿Por qué trabajas por horas?» doce veces. Intentaría empezar por el matrimonio, que era la cuestión sobre la que más me preguntaban.

Mi vida necesitaba un cambio. Tanto daba si era positivo como negativo, cualquier cosa sería mejor que seguir estancada como hasta entonces. Shiraha continuaba mirando fijamente la superficie negra del café con una expresión grave, como si se hubiera abierto un agujero delante de él.

Cada vez que hacía ademán de irme, Shiraha me decía que necesitaba pensarlo un poco más y me convencía para que me quedara, y así fue pasando el tiempo mientras hablábamos de todo un poco.

Por lo que me iba contando averigüé que compartía piso, pero se había retrasado en el pago del alquiler y su compañero lo había echado. Antes, cuando se encontraba en circunstancias similares volvía a casa de sus padres en Hokkaido, pero su hermano menor se había casado cinco años atrás y sus padres habían hecho reformas para que pudiera instalarse allí con su familia. Ahora su hermano vivía allí con su mujer e hijo, y Shiraha ya no se sentía cómodo en su propia casa. Se ve que su cuñada sentía una profunda antipatía por él, y ya no podía pedirle dinero prestado a su hermano con la misma libertad de antes.

-Desde que ella apareció en nuestras vidas, todo se ha complicado. Encima de que es una especie de parásito de mi hermano, se pasea por la casa como si fuera suya. ¡Que le den!

Shiraha estuvo mucho rato quejándose de sus cosas, y yo apenas lo escuchaba. Eché un vistazo al reloj. Ya eran casi las once de la noche. Al día siguiente trabajaba. El segundo jefe me había enseñado que, si me mantenía en forma y conservaba la salud, ya tenía ganada gran parte de mi salario. Y ahora estaba perdiendo horas de sueño.

-¿Por qué no vienes a mi casa, Shiraha? Si te pagas la comida, puedes quedarte.

Shiraha no tenía adónde ir, y si no le ofrecía cobijo no tendría más remedio que quedarse toda la noche pegado al bufé de bebidas. Así pues, me lo llevé a la fuerza mientras él protestaba tímidamente.

Al entrar en casa, no pude evitar acercarme a él y me di cuenta de que olía como un vagabundo, así que le ordené que se duchara. Le endosé una toalla, lo obligué a entrar en el cuarto de baño y cerré la puerta. No respiré aliviada hasta que oí el ruido de la ducha.

Shiraha estuvo mucho rato bajo la ducha. Estuve a punto de quedarme dormida mientras esperaba que saliera. De repente, se me ocurrió llamar a mi hermana. Descolgó ella misma.

-¿Diga?

Todavía no era medianoche, y me pareció que aún no se había acostado.

-Perdona que te llame tan tarde. Espero no haber despertado a Yutaro.

-No, tranquila, Yutaro está dormido y yo estaba relajándome un poco. ¿Qué ocurre?

Visualicé a mi sobrino durmiendo en la misma casa que mi hermana. La

vida de mi hermana progresaba. Al menos ahora tenía a alguien que antes no formaba parte de ella. Igual que mi madre, mi hermana también debía de esperar que hubiera algún cambio en mi vida. Como si de un experimento se tratara, decidí decirle la verdad.

-En realidad no es nada como para llamarte a medianoche. Verás, resulta que tengo a un hombre en casa.

-¿Qué? -preguntó con voz entrecortada, como si tuviera hipo.

Cuando iba a preguntarle si estaba bien, soltó una exclamación de perplejidad que sonó casi como un chillido:

-¿En serio?! Es broma, ¿no? ¿Qué me dices! ¿Desde cuándo? ¿Cuánto hace? ¿Qué clase de persona es?

-Muy poco tiempo, es del trabajo -respondí, sintiéndome acorralada.

-¡Vaya! ¡Enhorabuena, Keiko!

Me desconcertó un poco que me felicitara de buenas a primeras, sin interesarse por los detalles.

-¿Por qué me felicitas?

-No sé cómo será ese chico, pero es la primera vez que me dices que estás con alguien. ¡Qué alegría! ¡Cuenta conmigo para lo que quieras!

-¿Ah, sí...?

-Oye, si me lo has contado, ¿no será porque ya estáis pensando en...? Huy, perdona, no quería precipitarme.

Mi hermana estaba más parlanchina que nunca. Al constatar su entusiasmo, no me pareció tan descabellada la idea de que el mundo actual era la Edad de Piedra disfrazada de sociedad moderna.

Sí, el manual existía desde siempre. Lo que pasa es que lo llevábamos todos grabados en la mente y no era necesario redactarlo. Volví a pensar que el modelo estándar de «persona normal» no había cambiado desde la Edad de Piedra.

-Me alegro de verdad, Keiko. Sé lo mucho que has sufrido, y me alegro de que al fin hayas encontrado a alguien que te comprenda.

Mi hermana se había emocionado con una historia que ella misma había inventado. Si para «curarme» solo hacía falta algo tan sencillo, podría habérmelo dicho antes y dejarse de tantos rodeos.

Cuando colgué el teléfono, Shiraha ya había salido del baño y estaba de

pie como un pasmarote.

-No tienes ropa limpia, ¿no? Puedo prestarte el uniforme que llevaba cuando inauguraron la tienda. Me lo llevé cuando cambiaron el diseño por el actual, que es un poco diferente. Es unisex, así que supongo que te vendrá bien.

Shiraha vaciló un momento, pero al final cogió el uniforme verde y se lo puso encima de la piel desnuda. Le venía un poco justo porque tenía las extremidades largas, pero pudo abrocharse la cremallera. Solo llevaba la toalla enrollada en la cintura, así que le presté un pantalón corto de andar por casa.

No sabía cuántos días llevaba sin ducharse, pero la ropa y los calzoncillos que se había quitado olían a mil demonios. Lo metí todo en la lavadora y le dije que se pusiera cómodo. Él se sentó tímidamente.

En mi pequeño piso, antiguo y de estilo japonés, la bañera y el aseo estaban separados. Como no ventilaba muy bien, el vaho de la bañera se escapaba por debajo de la puerta y llenaba el piso de una cálida humedad.

-Hace un poco de calor, ¿verdad? ¿Quieres que abra la ventana?

-No, es que...

Shiraha parecía inquieto, se levantaba y volvía a sentarse.

-El aseo está allí. Cuando termines tienes que tirar fuerte de la palanca, que se atasca un poco.

-No, no necesito ir al aseo.

-No tienes adónde ir, ¿verdad? Tu compañero de piso te echó.

-Sí...

-Me he dado cuenta de que me conviene tenerte en casa. He llamado a mi hermana para ver cómo reaccionaba y se ha puesto la mar de contenta con una historia que se ha inventado ella solita. Cuando un hombre y una mujer viven juntos, sea cual sea la realidad, la gente da rienda suelta a la imaginación y es más fácil convencerlos.

-¿Le has dicho a tu hermana que...? -dijo Shiraha, atónito.

-Por cierto, ¿quieres una lata de café? También tengo refrescos, pero son latas abolladas que he comprado hoy mismo y aún no están frías.

-¿Abolladas?

-Es verdad, no te lo he explicado. Suelo comprar las latas abolladas que

no se pueden vender. Aparte de eso, solo puedo ofrecerte leche y agua caliente.

-Tomaré café, entonces.

En casa solo tengo una mesita plegable. Como el piso es pequeño, tuve que enrollar el futón y empujarlo hasta delante de la nevera. En el armario empotrado tengo otro futón para cuando vienen a verme mi hermana o mi madre.

-Tengo un futón de sobra. Si no tienes adónde ir, puedes quedarte a vivir temporalmente en mi casa, aunque no sea muy grande.

-Quedarme a vivir aquí... -dijo Shiraha en voz baja, nervioso-. Es que soy un poco maniático con estas cosas, ¿sabes? Necesito tiempo para mentalizarme.

-Si eres un maniático de la limpieza, no creo que te sientas a gusto en el futón. Hace tiempo que nadie lo utiliza, y no lo he ventilado. Además, el piso es antiguo y a veces hay cucarachas.

-No, la higiene me trae sin cuidado, el piso que compartía tampoco estaba demasiado limpio. Me refiero a esto de presentármelo como un hecho consumado, ¿comprendes? Como hombre tengo que ser cauteloso. ¡Pero si incluso has llamado a tu hermana! ¿No estás un poco desesperada, Furukura?

-¿Qué tiene de malo? Solo quería ver cómo reaccionaba, por eso la he llamado.

-Pues a mí estas cosas me dan miedo. En la Red circulan un montón de historias parecidas, y ahora veo que son reales. Dicen que, cuando una mujer intenta atraerte con tanto desespero, es mejor retirarse a tiempo.

-Bueno, yo solo he pensado que necesitarías un sitio donde quedarte porque no tienes otro, pero si te sientes incómodo, te devuelvo la ropa y te vas. Todavía no he puesto la lavadora.

Shiraha farfulló algo que sonaba a «Bueno, si insistes...» o «No, si yo no quería...», pero no terminó la frase.

-Y ahora, si no te importa, me voy a la cama, que es muy tarde. Eres libre de irte, si es lo que quieres. Y si quieres quedarte a dormir, desenrolla el futón tú mismo y acuéstate. Mañana tengo que estar en la tienda a primera hora. Hace dieciséis años, mi segundo jefe me enseñó que si mantenía la forma física y la salud bajo control, ya tenía ganada gran parte de mi salario. Eso significa que no puedo ir a la tienda con sueño.

-La tienda, claro... -dijo Shiraha con voz atontada.

Pensé que ya tendría tiempo de preocuparme por la mañana, así que saqué mi futón y lo extendí en el suelo.

-Ahora estoy demasiado cansada, ya me bañaré mañana por la mañana. Puede que haga un poco de ruido a primera hora. Que descanses.

Me cepillé los dientes, programé la alarma del despertador, me acosté y cerré los ojos. De vez en cuando oía a Shiraha, que se movía intranquilo, pero el ruido de la tienda pronto me llenó la cabeza y el sueño me venció.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Shiraha estaba durmiendo con las piernas metidas en el armario empotrado, y ni siquiera se despertó cuando entré en el baño.

Le dejé una nota que decía: «Si sales, deja las llaves en el buzón», y salí de casa para llegar a la tienda a las ocho, como de costumbre.

Como Shiraha había manifestado que no tenía la intención de quedarse en mi casa, supuse que ya se habría ido, pero al volver lo encontré allí.

Estaba sentado con los codos apoyados en la mesita plegable sin hacer nada, tomando un zumo de uva de las latas abolladas.

-O sea, que todavía estás aquí -dije, y él se sobresaltó.

-Sí...

-Hoy me he pasado el día recibiendo mensajes de mi hermana. Nunca la había visto tan ilusionada por mí.

-Sí, así es. Tu hermana también piensa que es mucho más decente vivir con un hombre que ser la eterna solterona virgen a quien se le pasa el arroz trabajando por horas en una tienda.

Shiraha ya no era el chico aturdido y desconcertado del día anterior, volvía a ser el mismo de siempre.

-¿Y eso no es decente?

-¿A ti te parece correcto? Las personas que no aportan nada a la comunidad no tienen privacidad. Todos se creen con derecho a pisotear sus vidas con los zapatos llenos de barro. Las personas que no contribuyen a la comunidad, ya sea casándose y teniendo hijos o saliendo a cazar y ganando dinero, son herejes. Por eso los demás se meten constantemente en sus vidas.

-Ya.

-Furukura, deberías ser más consciente de tu propia situación. Hablando

sin tapujos, eres la más pringada de los pringados. Tu útero está envejeciendo, con tu aspecto físico difícilmente satisfarás tu deseo sexual y tu sueldo no es equiparable al de un hombre. De hecho, ni siquiera tienes un empleo fijo, sino un trabajillo por horas. Lisa y llanamente, eres un lastre para la comunidad, un desperdicio humano.

-Sí, ya lo sé. Pero no puedo trabajar fuera de la tienda. Hace años lo intenté, pero resultó que solo sabía ponerme la máscara de «dependienta de tienda». Por eso no puedo hacer nada, por mucho que me critiques.

-Por eso digo que el mundo de hoy no es completamente funcional. La diversidad de estilos de vida es hermosa, y el hecho de censurarla demuestra que no ha cambiado nada desde la Edad de Piedra. La natalidad sigue bajando y el retorno a la Prehistoria se acelera, y el mundo se está convirtiendo en un lugar donde se juzga a las personas que no son útiles para la comunidad.

A pesar de que Shiraha me había atacado con severidad, ahora el objeto de su indignación había pasado a ser el mundo. Yo no entendía con quién o con qué estaba enfadado, solo parecía disparar indiscriminadamente con sus palabras al primero que encontrara.

-Al principio tu propuesta me pareció un disparate, Furukura, pero no es mala idea. Podríamos colaborar. Si me quedo a vivir en tu casa, seremos dos pobres que viven juntos y puede que nos miren por encima del hombro, pero al menos callarán. Ahora mismo, tú eres una persona incomprensible para la sociedad. Ni estás casada ni tienes un empleo estable, por lo que no tienes ningún valor para ellos. La comunidad margina a los que son como tú.

-Ya...

-Yo estoy buscando esposa, y tú estás muy lejos de ser la candidata ideal. Tienes un trabajo por horas y ganas poco, de modo que no podrías financiar mi proyecto, y precisamente por eso no puedo satisfacer tus necesidades sexuales.

Shiraha cogió la lata abollada como si fuera una botella de alcohol y dio un trago.

-Pero tú y yo tenemos intereses comunes, así que por ahora me quedaré.

-Ya.

Saqué un refresco de melón con chocolate de la bolsa de papel que contenía las latas abolladas y se lo ofrecí.

-¿Y qué ventajas tiene esto para ti, Shiraha?

Él hizo una breve pausa.

-Quiero que me escondas -dijo entonces en voz baja.

-¿Cómo?

-Quiero que me escondas del mundo. No me importa que me utilices y hables de mí con quien te dé la gana. Pero yo quiero estar aquí escondido. Estoy harto de que los demás, tanto los conocidos como los completos desconocidos, se metan en mi vida-. Shiraha agachó la cabeza y dio un sorbo de la lata-. Si salgo a la calle, volverán a violarme. ¡Eres un hombre! Trabaja, cástate y, una vez casado, gana más dinero, ten hijos. Sé el esclavo de la comunidad. El mundo te ordena que trabajes toda la vida. Incluso mis testículos pertenecen a la comunidad. Por el simple hecho de no haber tenido experiencias sexuales, te tratan como si estuvieras desperdiciando tu esperma.

-Debe de ser duro.

-Y tu útero también pertenece a la comunidad. Como no es útil, no le prestan atención. No quiero pasarme la vida «haciendo algo». Solo quiero respirar hasta el día que me muera sin que nadie meta las narices en mis asuntos. Es lo único que deseo.

Shiraha juntó ambas manos en actitud de súplica.

Sopesé si la presencia de Shiraha podía resultarme beneficiosa. Mi madre y mi hermana -incluso yo misma- empezaban a cansarse de que aún no me hubiera curado. Tenía la sensación de que cualquier cambio, para bien o para mal, sería mejor que seguir estancada.

-Yo no estoy sufriendo tanto como tú, pero la verdad es que, tal y como estoy ahora, me resultará complicado seguir trabajando en la tienda. El nuevo jefe me pregunta a menudo por qué nunca he tenido un empleo estable, y tengo que inventarme excusas para no levantar sospechas. Precisamente ahora andaba buscando una buena excusa. No sé si podrías ser tú...

-Yo tengo suficiente con quedarme aquí para que el mundo me acepte. Este trato solo te beneficia a ti.

Shiraha parecía muy convencido. Aunque la propuesta hubiera salido de mí, su insistencia me resultaba sospechosa. Pero entonces recordé la insólita reacción de mi hermana y las caras de Miho y las demás cuando les había dicho que nunca había salido con nadie, y pensé que merecía la pena intentarlo.

-Es un trato sin retribución. Solo necesito que me dejes vivir aquí y me traigas comida.

-Ya... Bueno, no tiene mucho sentido exigirte dinero mientras no tengas ingresos. Yo tampoco tengo mucho dinero, así que no podré darte efectivo, pero sí puedo darte el pienso que necesitas para vivir.

-¿Pienso...?

-Huy, perdona. Nunca he tenido animales en casa, y esto es como tener una mascota.

A Shiraha no le hizo ninguna gracia mi expresión, pero aun así pareció satisfecho.

-Está bien -dijo con brusquedad-. Por cierto, no he comido nada desde esta mañana.

-Ah, sí. En la nevera hay arroz y verduras cocidas, come lo que quieras.

Saqué los platos y los dejé encima de la mesa. Arroz hervido y verduras cocidas aliñadas con salsa de soja.

Shiraha arrugó la frente.

-¿Qué es esto?

-Nabo, germinado de soja, patata y arroz.

-¿Siempre comes esta clase de cosas?

-¿Qué clase de cosas?

-Esto no es comida, ¿no?

-Hiervo los ingredientes y me los como. No necesito que estén sabrosos. Si quiero que esté más salado, añado salsa de soja -le expliqué pacientemente, pero él no parecía entenderlo.

-Sabe a pienso -escupió, llevándose la comida a la boca con cara de asco.

«Ya te lo he dicho», pensé mientras pinchaba un trozo de nabo y me lo comía.

Dejé que Shiraha se quedara en mi casa con la sensación de que era un farsante, pero pronto descubrí que había acertado en todo.

No tardé en darme cuenta de que la convivencia me resultaba muy beneficiosa.

Después de hablar de Shiraha con mi hermana, volví a hacerlo en casa de Miho. Mientras estábamos todas juntas merendando, les conté con naturalidad que estaba viviendo con un hombre.

Las chicas empezaron a dar saltos de alegría, como si se hubieran vuelto locas.

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo?

-¿Cómo es él?

-¡Ya era hora! ¡Me tenías tan preocupada, Keiko! ¡No sabes cuánto me alegro!

Aquellas muestras de alegría exageradas me parecieron un tanto alarmantes, así que me limité a darles las gracias.

-¡Cuenta, cuenta! ¿Dónde trabaja? ¿A qué se dedica?

-No trabaja. Me dijo que su sueño era montar un negocio propio, pero creo que solo eran buenas intenciones. Se pasa el día en casa haciendo el vago.

Todas cambiaron la expresión y se inclinaron hacia mí con interés para sonsacarme.

-Sí, algunos son así... Pero esta clase de hombres suelen ser trabajadores, amables y encantadores. Tengo una amiga que está loca por un tío así, aunque yo no sé qué le ve.

-Yo tengo una amiga que le puso los cuernos a su marido y él se convirtió en un mantenido para vengarse. Si al menos hiciera las tareas domésticas, se podría decir que trabajaba de «amo de casa», pero ni eso. Pero cuando mi amiga se quedó embarazada, cambió completamente de actitud y se ve que ahora son tan felices.

-Es verdad, esta clase de hombres da mucha importancia a un embarazo.

Todas parecían más contentas que cuando habían descubierto que yo nunca había salido con nadie, y siguieron hablando como si lo entendieran todo. Antes, cuando no tenía un empleo fijo ni había tenido ninguna experiencia sexual, la gente solía reaccionar como si no entendiera nada. Ahora que tenía a Shiraha viviendo en casa, sin embargo, era como si lo supieran todo de mí, incluso mi futuro.

Mientras mis amigas daban vueltas y más vueltas a nuestra relación, me sentí como si estuvieran hablando de una completa desconocida. Era como si la historia se desarrollara dentro de sus cabezas y fuera un cuento que no tuviera nada que ver conmigo, solo coincidían los nombres de los personajes.

Cuando intentaba intervenir, decían:

-Deberías escuchar nuestros consejos.

-Eso, eso. Tú eres una novata en el amor, Keiko. Nosotras estamos hartas de escuchar historias sobre los hábitos de esta clase de hombres.

-Miho tuvo un novio parecido cuando era joven.

Estaban tan animadas que decidí hablar solo cuando me preguntaban por algún detalle concreto.

Por primera vez me había convertido en una auténtica «colega», por así decirlo. Tuve la sensación de que las demás chicas me daban la bienvenida a su bando.

Tomé plena consciencia de que hasta entonces había estado en el «otro bando» para ellas, y mientras seguían hablando escupiendo saliva, yo las escuchaba y de vez en cuando contestaba imitando la forma de hablar de Sugawara: «Sí, claro, ya lo entiendo».

Desde que tenía a Shiraha en casa, las cosas me iban aún mejor en la tienda. El problema era que tenía que alimentarlo. Cuando pensaba que tendría que trabajar también los viernes y los domingos, que hasta entonces tenía libres, mi cuerpo se movía cada vez con más eficiencia.

Saqué la basura a la calle y entré en la trastienda. El jefe acababa de terminar el turno de noche y estaba confeccionando los horarios.

-Jefe, ¿puedo cubrir el viernes y el domingo? Necesito dinero, así que me vendría bien trabajar más horas.

-¿Qué ocurre, Furukura? ¡Tú siempre tan motivada! El problema es que el contrato te obliga a descansar un mínimo de horas a la semana. ¿Por qué no buscas trabajo en otra tienda? En todas partes van justos de personal, estarían encantados de ficharte.

-Me vendría muy bien, sí.

-Pero no te exijas demasiado, ¿entendido? Por cierto, aquí tienes la nómina de este mes.

El jefe me entregó una hoja con el salario mensual detallado.

-También tengo que darle la suya a Shiraha. Aún tiene sus cosas aquí, y no consigo localizarlo. -Suspiró el jefe mientras yo guardaba la nómina en el bolso.

-¿Ha intentado llamarlo por teléfono?

-Tiene la línea activada, pero no responde. Ese tipo es un desastre. Le dije que se llevara sus cosas y todavía están en la taquilla.

-¿Quiere que se las lleve yo? -dije sin pensar.

Al día siguiente llegaría el chico nuevo del turno de noche, y si todas las

taquillas estaban ocupadas no tendría donde guardar sus cosas.

-¿Cómo? ¿Quieres llevárselas tú misma? ¡No me digas que sigues en contacto con él! -exclamó el jefe, asombrado.

Entonces me di cuenta de que había metido la pata. «A los que no me conocen puedes hablarles de mí tanto como quieras, pero no me menciones en la tienda, por favor -me había pedido Shiraha-. Quiero esconderme de todos mis conocidos. A pesar de que yo nunca he molestado a nadie, los demás se han metido en mi vida como si nada. Lo único que quiero es respirar tranquilo». Mientras recordaba el monólogo de Shiraha, oí el timbre de la puerta a través de la cámara de seguridad.

Dirigí la vista a la pantalla y vi que había entrado un grupo de hombres. La tienda se llenó de repente. En la caja solo estaba Tuan, un chico extranjero que había entrado la semana anterior, y salí a toda prisa para echarle una mano.

-¡Oye, no te escapes! -gritó el jefe, que parecía divertirse enormemente.

Le señalé las imágenes de la cámara.

-Hay gente haciendo cola -respondí, y corrí hacia la caja.

Cuando llegué había tres clientes esperando. Tuan manipulaba la caja, atribulado.

-Es que esto...

Tenía un vale de descuento en la mano y no sabía qué hacer con él. Se lo enseñé mientras manipulaba la caja rápidamente.

-Esto es un vale de descuento que sale con el cambio. Tienes que entregárselo al cliente -le dije, y fui corriendo a la otra caja-. ¡Disculpen la espera! ¡Pasen por esta caja, por favor!

Primero atendí a un hombre que parecía ligeramente contrariado por la espera.

-¿Ese chico es nuevo? Tengo prisa -dijo en un tono impaciente.

-Lo lamento mucho -me disculpé, agachando la cabeza.

Tuan todavía no estaba familiarizado con la caja, e Izumi debería estar a su lado enseñándole. La busqué con la mirada y la vi ordenando las bebidas, tan concentrada que no se había dado cuenta de que había cola en la caja.

Después de atender a todo el mundo me fijé en que las brochetas de pollo frito -la oferta del día- aún no estaban expuestas y fui corriendo a la nevera de la trastienda.

Cuando entré, el jefe e Izumi mantenían una animada conversación.

-Jefe, ¿qué hay de las cien brochetas que tenemos como objetivo de hoy? Aún no hemos sacado las del mediodía ni el cartel para anunciar la oferta.

Creía que Izumi y el jefe reaccionarían enseguida, pero ella, en lugar de alarmarse, se me echó encima:

-Oye, Furukura, ¿es verdad que estás saliendo con Shiraha?

-Ahora no, Izumi, ¡las brochetas!

-Espera, ¡espera! ¿Cuándo empezasteis? ¡Hacéis buena pareja! ¿Cuál de los dos le tiró los tejos al otro? ¿Fue él?

-Le da vergüenza y no quiere contestar. ¿Por qué no salimos todos juntos a tomar algo un día de estos? ¡Dile a Shiraha que se apunte!

-Jefe, Izumi, ¡las brochetas de pollo...!

-No disimules, ¡responde!

-No estamos saliendo, solo vive en mi casa -aclaré, impaciente-. Pero esto no tiene importancia. Jefe, ¡aún no hemos sacado ni una brocheta! -grité.

-¡¿Estáis viviendo juntos?! -exclamó Izumi.

-¡¿En serio?! -dijo el jefe, visiblemente contento.

Vi que sería inútil seguir insistiendo, así que saqué varias brochetas de las existencias de la nevera y fui corriendo a la caja con las manos llenas.

Estaba conmocionada por la actitud de ambos. Me parecía inconcebible que los empleados de una tienda prefirieran cotillear sobre la relación entre una compañera y un excompañero antes que sacar una oferta de brochetas de pollo frito a ciento diez yenes la unidad, cuando solían estar a ciento treinta. ¿Qué les había pasado?

Tuan, que me vio corriendo con la expresión alterada y las manos llenas de brochetas, vino a mi encuentro y cogió la mitad.

-¡Vaya! ¿Las prepararemos todas? -preguntó con un poco de acento.

-Sí, a partir de hoy estarán de oferta. El objetivo es vender cien. La última vez que las pusimos de oferta vendimos noventa y una, así que ahora hay que cumplir el objetivo. Sawaguchi, una chica del turno de tarde, hizo un cartel gigante para hoy. Lo colgaremos y arrimaremos el hombro para alcanzar el objetivo. Tiene que ser nuestra prioridad.

Casi se me saltaban las lágrimas mientras hablaba y no sabía por qué.

-¿El hombro? -preguntó ladeando la cabeza, incapaz de entenderme. Al

parecer, había hablado demasiado rápido.

-Quiere decir que debemos estar unidos y trabajar juntos por un mismo objetivo. Prepáralas todas tú mismo, Tuan.

-¿Todas? ¡Aquí hay muchas! -exclamó él al oír mis instrucciones.

Yo asentí para confirmárselo, y empezó a preparar las brochetas con manos inexpertas.

Fui corriendo al mostrador de comida rápida y colgué el cartel que Sawaguchi había confeccionado trabajando dos horas extra. El cartel anunciaba: «¡Oferta! Nuestras jugosas y famosas brochetas de pollo frito, ¡ahora por solo 110 yenes la unidad!».

Me subí a una escalera y colgué del techo el sólido cartel, hecho de cartón y cartulina coloreada. «¡Esta vez sí que vamos a vender cien!», había dicho Sawaguchi antes de confeccionar aquel magnífico anuncio.

En horario de trabajo éramos colegas que unen sus fuerzas para alcanzar un único objetivo. ¿Qué les había pasado al jefe y a Izumi?

Unos clientes entraron en la tienda y dije en voz alta:

-¡Bienvenidos, buenos días! ¡A partir de hoy tendremos las brochetas de pollo frito a 110 yenes! ¿Les apetecen?

-¡Brochetas de pollo frito! ¡Aprovechen la oferta! -añadió en voz alta Tuan, que estaba colocando en fila las brochetas recién hechas.

El jefe e Izumi seguían en la trastienda. Me pareció que ella se reía.

-Llévense brochetas de pollo, ¡son una ganga!

Tuan, que ponía todo su empeño a pesar de la falta de práctica, era en aquel momento mi único compañero incondicional.

De vuelta pasé por el supermercado del barrio y compré germinado de soja, col y carne de pollo. Shiraha no estaba en casa.

Supuse que había salido y empecé a preparar los ingredientes para hervirlos, pero entonces oí ruido en el baño.

-¿Shiraha? ¿Estás ahí?

Abrí la puerta y lo encontré vestido y sentado en la bañera vacía, viendo una película en la tableta electrónica.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Al principio me he metido en el armario, pero me he encontrado un bicho. Aquí no hay bichos y estoy más tranquilo -respondió-. ¿Hoy también hay

verduras hervidas?

-Sí. Estoy cocinando brotes de soja, col y carne de pollo.

-Está bien -dijo Shiraha sin levantar la cabeza-. Has llegado tarde, estoy muerto de hambre.

-Cuando iba a salir, el jefe e Izumi me han entretenido y no podía quitármelos de encima. Hoy el jefe libraba, pero se ha quedado en la tienda todo el día. Han insistido mucho en salir a tomar algo algún día, y quieren que vengas conmigo.

-¿Cómo? ¡No me digas que les has hablado de mí!

-Lo siento, se me ha escapado. Por cierto, esto es para ti. He recogido tus cosas y la nómina del mes.

-Ya... -Shiraha calló y se agarró con fuerza a la tableta-. Te dije que me escondieras. ¡Te lo dije!

-Lo siento, no lo he hecho con mala intención.

-No... El problema lo tendrás tú.

-¿Yo? -pregunté con cara de perplejidad.

-Quieren sacarme a rastras de aquí para sermonearme, pero no pienso ir. Seguiré escondido. Y entonces te sermonearán a ti.

-¿A mí?

-Todo el mundo se meterá en tu vida: por qué te has metido en casa a un hombre sin oficio ni beneficio, por qué sigues trabajando por horas, por qué no te casas, por qué no tienes hijos, búscate un empleo fijo, compórtate como una adulta...

-Mis compañeros de trabajo nunca me han dicho estas cosas.

-Porque eras demasiado rara: una solterona de treinta y seis años probablemente virgen que trabaja por horas en una konbini, que día tras día se desgañita saludando a los clientes y que, a pesar de que parece gozar de buena salud, no tiene la menor intención de buscar un empleo estable. Eres un bicho raro, por eso nunca te han dicho nada. Porque les dabas miedo. Antes hablaban de ti a tus espaldas, pero a partir de ahora te lo dirán a la cara.

-¿Tú crees?

-El pasatiempo favorito de las personas normales es juzgar a las que no lo son. Pero si me echas te criticarán aún más, así que no te queda más remedio que seguir manteniéndome. -Shiraha soltó una risita-. Siempre he deseado

vengarme de las mujeres a las que se les permite vivir como parásitos por el simple hecho de ser mujeres. Siempre he querido ser un parásito, y pienso seguir siendo el tuyo cueste lo que cueste.

No entendía absolutamente nada de lo que decía Shiraha.

-¿Quieres comer? Las verduras pronto estarán listas.

-Tráemelas, comeré aquí mismo.

Serví en un plato las verduras cocidas con un poco de arroz blanco y se lo llevé.

-Cierra la puerta, por favor.

Cerré la puerta del baño y me puse a comer sola en la mesa por primera vez en mucho tiempo.

Mi propio ruido al masticar resonaba amplificado en mis oídos, quizá porque hasta hacía poco siempre lo oía mezclado con el «ruido» de la tienda. Cerré los ojos, visualicé la tienda y su ruido resurgió en mis tímpanos.

Aquellos sonidos fluyeron por mis venas como si fueran una melodía interpretada por la tienda. Mientras aquella música me mecía dulcemente, engullía la comida para poder volver al trabajo al día siguiente.

Los rumores sobre Shiraha circularon por la tienda en un abrir y cerrar de ojos. El jefe se puso muy pesado y cada vez que nos encontrábamos me preguntaba: «¿Cómo está Shiraha? ¿Cuándo saldremos a tomar algo?».

El octavo jefe se había ganado mi respeto porque era muy trabajador y lo consideraba un excelente compañero, pero estaba harta de que me preguntara por Shiraha cada vez que nos veíamos.

Hasta entonces, cuando me encontraba con él manteníamos las típicas conversaciones interesantes y provechosas entre un jefe y su empleada, como que últimamente hacía calor y que el chocolate no se vendía mucho, o que habían levantado un nuevo bloque de pisos cerca de la tienda y por la tarde aumentaba la clientela, o que estaban anunciando a bombo y platillo un nuevo producto que nos llegaría al cabo de quince días y que al parecer sería todo un éxito. Ahora tenía la sensación de que el jefe me consideraba en primer lugar una hembra humana y, en segundo lugar, una dependienta de la tienda.

-Si tienes cualquier problema, dímelo. ¿Entendido, Furukura?

-Eso, ¡eso! La próxima vez que salgamos a tomar algo tienes que apuntarte, aunque vengas tú sola -dijo Izumi-. Pero estaría muy bien que trajeras a

Shiraha, ¡claro! Intentaré levantarle la moral.

-¡Yo también quiero ver a Shiraha! -intervino Sugawara, que nunca había escondido su aversión por él-. ¡Invítalo a venir!

Yo no lo sabía, pero se ve que de vez en cuando salían todos juntos a tomar algo. Incluso Izumi dejaba a los niños con su marido y se apuntaba a las fiestas en algunas ocasiones.

-A ti tampoco te haría daño alguna copita ocasional, Furukura.

Todos intentaban obligar a Shiraha a salir para tener la oportunidad de sermonearlo.

Ante aquel afán de meterse en su vida, empecé a entender que solo quisiera esconderse.

Cuando Shiraha había dejado el trabajo, el jefe había sacado su currículum y, en lugar de tirarlo, había empezado a criticarlo con Izumi:

-Mira, fíjate. Dejó la universidad a media carrera, se matriculó en una escuela técnica y también lo dejó.

-¿Y solo tiene un título de inglés básico? Vaya, ni siquiera tiene el permiso de conducir.

Todos disfrutaban juzgando a Shiraha. Se podría decir que era una cuestión prioritaria, más importante que la oferta de onigiri a cien yenes la unidad, el nuevo perrito caliente de queso o los vales de descuento para el plato del día que había que repartir.

En el ruido de la tienda empezó a haber interferencias. Si hasta entonces todos interpretábamos la misma melodía, ahora cada uno de nosotros se había sacado del bolsillo un instrumento diferente y había empezado a tocarlo, creando así una desagradable disonancia.

El que me daba más miedo era Tuan, el chico nuevo. Se había integrado rápidamente en la tienda y empezaba a parecerse a todos los demás. Si las cosas hubieran continuado como hasta entonces, no habría sido un problema, pero ahora parecerse a los demás significaba que se estaba alejando mucho del prototipo de «dependiente».

Tuan, con lo responsable que había sido, hizo una pausa mientras preparaba los perritos calientes y me preguntó:

-Entonces, ¿tu marido trabajaba en la tienda?

Se le estaba pegando la costumbre de Izumi de alargar las palabras.

-No es mi marido -le respondí rápidamente, y cambié de tema-: Hoy hace calor, así que se venderán bebidas frías. Si salen muchas botellas de agua y ves que se están acabando, tienes que reponerlas enseguida. En la nevera hay una caja de cartón llena de botellas frías. El té frío también saldrá más de lo habitual. Ve controlando la nevera, ¿entendido?

-¿Tú no tienes hijos, Furukura? Mi hermana mayor está casada y tiene tres hijos pequeños. Son muy monos.

Tuan se distanciaba cada vez más del modelo de dependiente. Aunque todos lleváramos el uniforme e hiciéramos el mismo trabajo, tenía la sensación de que ya no éramos unos dependientes como antes.

Los únicos que no cambiaban eran los clientes, y cuando venían a la tienda me necesitaban como dependienta. Los demás, a los que hasta entonces había considerado células del mismo sistema al que pertenecía yo, se estaban transformando rápidamente en «machos y hembras de la comunidad». Aquella situación me producía un profundo malestar, y los clientes eran los únicos que me permitían seguir siendo una dependienta.

Mi hermana vino a sermonear a Shiraha un domingo, un mes después de mi llamada.

-Tengo que decirle algo, quiero hacerlo por ti.

Mi hermana es una mujer dulce y afable, pero estaba firmemente determinada a hacerlo y no hubo forma de disuadirla.

Avisé a Shiraha para que no estuviera en casa, pero él respondió que le daba igual y se quedó. Me sorprendió, pues sabía lo poco que le gustaba que lo sermonearan.

-He dejado a Yutaro con su padre. Lo hago de vez en cuando.

-Claro. El piso es pequeño, pero ponte cómoda.

Hacía mucho tiempo que no veía a mi hermana sin el bebé en brazos, y parecía que hubiera perdido algo.

-No tenías por qué molestarte en venir, podrías haberme llamado y habría ido yo a tu casa, como siempre.

-No es ninguna molestia. Hoy quería hablar contigo tranquilamente. No te importa, ¿verdad?

Mi hermana recorrió el piso con la mirada.

-Y el hombre que está viviendo contigo... ¿ha salido? Qué considerado,

¿verdad?

-¿Qué? No, está aquí.

-¿Ah, sí? Dó... ¿dónde está? ¡Tengo que saludarlo!

Mi hermana se levantó de un salto.

-No hace falta, tranquila. De todos modos, ya es la hora del pienso -dije.

En la cocina había dejado un cuenco donde serví el arroz y la zanahoria y el repollo, que aún estaban en la cacerola con agua caliente en la que los había hervido. Llevé el cuenco al cuarto de baño.

Shiraha estaba sentado en la bañera, que había llenado de cojines, y jugueteaba con su smartphone. Cogió sin decir nada la comida que le ofrecí.

-¿En el baño...? ¿Dentro de la bañera?

-Sí. El piso es demasiado pequeño para los dos, así que vive ahí.

Al ver la cara de perplejidad de mi hermana, decidí explicarme mejor.

-Este piso es antiguo. Shiraha dice que es mejor una ducha de las que funcionan con monedas que una bañera antigua, así que me da algo de dinero por las duchas y la comida. Es un poco incómodo, pero me conviene tenerlo en casa. La gente está contentísima, y todo el mundo me felicita y me da la enhorabuena. Me han aceptado de buen grado y ya no se meten en mi vida. Por eso me beneficia.

Mi hermana agachó la cabeza. No supe si había entendido mi detallada explicación.

-Por cierto, ayer compré en la tienda unos flanes que no se habían vendido. ¿Te apetece uno?

-Esto es lo último que había imaginado... -murmuró mi hermana con voz temblorosa.

La miré, sorprendida, y vi que estaba a punto de llorar.

-¿Qué te pasa? Espera, que te traigo un pañuelo -dije imitando la forma de hablar de Sugawara, y me levanté precipitadamente.

-¿Cuándo te curarás, Keiko? -dijo ella. Abrió la boca, pero en lugar de regañarme hundió la cara entre las manos-. Estoy al límite... ¿Qué puedo hacer para que seas normal? ¿Hasta cuándo tendré que aguantar?

-¿Aguantar? Para eso no hacía falta que vinieras a verme expresamente -le dije con sinceridad.

Mi hermana se levantó con las mejillas bañadas en lágrimas.

-Por favor, Keiko, deja que te acompañe a terapia. Te ayudaremos a curarte, no hay otra forma.

-Ya me llevaron cuando era pequeña, y no funcionó. Además, no sé de qué tengo que curarme.

-Desde que empezaste a trabajar en la tienda te has vuelto cada vez más rara. Hablas diferente, gritas en casa como si estuvieras saludando a los clientes y tienes una expresión rara. Por favor, vuelve a ser normal.

Mi hermana lloraba y lloraba, y yo le pregunté:

-¿Me curaré si dejo el trabajo en la tienda o si sigo trabajando? ¿Me curaré si echo a Shiraha de mi casa o si dejo que se quede? Puedo hacer lo que sea, solo necesito que me digas qué debo hacer. Sé más concreta, por favor.

-No entiendes nada... -dijo, y se limitó a seguir sollozando sin responderme.

Al ver que no decía nada me levanté, saqué un flan de la nevera y me lo comí mientras miraba a mi hermana, que no paraba de llorar.

En aquel momento oí que se abría la puerta del baño. Me volví sorprendida y vi a Shiraha de pie frente a nosotras.

-Perdona, la verdad es que Furukura y yo estábamos peleados. Por eso has presenciado una escena tan lamentable. Te habrá sorprendido, ¿verdad? -empezó Shiraha. Yo levanté la vista sin salir de mi asombro-. Resulta que me puse en contacto con mi ex a través de Facebook y salí a tomar algo con ella. Keiko se enfadó mucho y me echó de la cama, por eso me he encerrado en el baño.

Mi hermana lo miró fijamente unos instantes, como si estuviera procesando lo que acababa de decir, y luego se aferró a las palabras de Shiraha con la cara de una beata que acude al encuentro del sacerdote en una iglesia.

-¡Ahora lo entiendo! Claro, claro...

-Keiko me ha dicho que hoy ibas a venir y me he escondido por miedo a que me lo reprocharas.

-Claro, ya veo. Mi hermana me había dicho que no trabajabas y que vivías aquí de gorra. Pensaba que te estabas aprovechando de ella y estaba preocupadísima. ¡Así que le pusiste los cuernos! Como hermana de Keiko, ¡no puedo perdonártelo!

Mi hermana parecía no caber en sí de la alegría mientras reprendía a Shiraha.

Era evidente que lo regañaba porque creía que estaba en «este bando». Prefería mil veces a una hermana en «este bando», aunque fuera con una relación llena de problemas, que a una hermana en el «otro bando» que nunca se complicaba la vida. Esto era mucho más comprensible para ella, era el mundo normal.

-¡Shiraha! ¡Estoy muy enfadada contigo!

Me pareció que su forma de hablar había cambiado respecto a la última vez. ¿Qué clase de gente formaba parte de su entorno? Seguro que eran ellos los que le habían contagiado aquel nuevo acento.

-Lo sé. Buscaré trabajo y empezaré a pagar el alquiler del piso, naturalmente.

-¡No puedo explicarles esto a mis padres!

Mi hermana volvía a estar al límite. Nadie deseaba que yo siguiera siendo una dependienta. Mi hermana, que se había alegrado tanto cuando yo había empezado a trabajar en la tienda, ahora decía que lo normal era no trabajar en la tienda. Aunque ya no lloraba, la nariz aún le goteaba y tenía los labios húmedos. Pero no hizo ademán de secárselos, sino que siguió regañando a Shiraha con inmenso placer. Ni siquiera pude acercarme a ella para secarle la nariz, y me limité a mirarlos sosteniendo en la mano el flan que había dejado a medias.

Al día siguiente, cuando volví del trabajo, encontré unos zapatos rojos en el recibidor.

Primero pensé que mi hermana había vuelto, y luego se me ocurrió que quizá Shiraha había invitado a una chica a casa. Entré y lo encontré sentado de rodillas en mitad de la estancia. Al otro lado de la mesa había una mujer con el pelo castaño teñido que lo miraba fijamente.

-Esto... ¿con quién tengo el gusto? -dije, y la mujer se volvió hacia mí.

Era joven e iba excesivamente maquillada.

-¿Eres la mujer que ahora vive con él?

-Sí, yo misma.

-Soy la esposa de su hermano. Este hombre debía dinero cuando se fue del piso que compartía. Como no responde al móvil, su compañero llamó a casa

de sus padres, en Hokkaido. Pero también ignora nuestras llamadas. Casualmente yo tenía que venir a Tokio para asistir a una quedada de exalumnos, así que mi suegra me pidió que adelantara el dinero necesario para liquidar la deuda y he tenido que ir yo a pagar y pedir disculpas. Es increíble, sabía que esto iba a ocurrir tarde o temprano. Este hombre no tiene la menor intención de ganarse la vida, no es más que un tacaño y un oportunista. Vas a devolver hasta el último céntimo de este dinero, ¿está claro?

Encima de la mesa había un pagaré.

-Ponte a trabajar y devuelve el dinero. ¡No tengo por qué rebajarme de esta forma por mi cuñado!

-Oye... ¿Cómo me has encontrado? -preguntó Shiraha con un hilo de voz.

Cuando me había pedido que lo escondiera, yo ya había sospechado que quizá también quisiera desaparecer para no tener que pagar los alquileres pendientes.

La cuñada soltó una risita irónica expulsando el aire por la nariz.

-Cuando tienes deudas, sueles ir a casa de tu familia a pedir dinero. La última vez, yo ya temía que esto acabaría pasando y le pedí a tu hermano que te instalara una aplicación en el móvil para poder localizarte. Es así como te encontramos. He esperado a que salieras a comprar para abordarte en la calle.

Me pareció que la cuñada de Shiraha no confiaba en absoluto en él.

-Te prometo... que devolveré el dinero -dijo él, cabizbajo.

-Faltaría más. Y ahora dime, ¿qué relación tienes con esta mujer? -preguntó ella desviando la vista hacia mí-. ¿Cómo puedes vivir con alguien si no trabajas? Si tienes tiempo para relaciones, es que ya eres lo bastante mayorcito para buscar trabajo.

-Estamos juntos y tenemos la intención de casarnos. Yo me ocupo de las tareas domésticas y ella trabaja. Cuando ella encuentre un empleo estable, os devolveré el dinero.

«¡Anda! No sabía que Shiraha tuviera novia», pensé. Pero entonces recordé la conversación del día anterior con mi hermana y caí en la cuenta de que estaba hablando de mí.

-¿Ah, sí? ¿Y a qué te dedicas? -me preguntó la mujer con una mirada de recelo.

-Sí, bueno... Trabajo por horas en una tienda -respondí.

La cuñada abrió simultáneamente los ojos, la boca y las aletas de la nariz, e intenté recordar dónde y cuándo había visto aquella expresión.

-¿Cómo...?! -exclamó atónita-. ¿Y los dos vivís de tu trabajo? ¿De verdad que solo trabajas tú?

-Pues... sí.

-¡No puedes continuar así! ¡Vas a morir de agotamiento! Además... Ya sé que no te conozco de nada y no quiero entrometerme en tu vida, pero ya tienes una edad. ¿Por qué sigues trabajando por horas?

-Verás... Hubo una época en que hice alguna entrevista, pero solo sirvo para trabajar en una tienda.

La cuñada me miró con incredulidad.

-En cierto sentido parece un trabajo muy adecuado para ti, pero... Perdona de nuevo que me meta en tus asuntos, pero deberías buscar un empleo serio o casarte, una de dos. Te lo digo en serio. O hacer ambas cosas. Si sigues viviendo de forma tan irresponsable, un día de estos morirás de hambre.

-Ya veo...

-No sé qué le verás a este hombre, pero si te gusta, ponte de nuevo a buscar trabajo. Dos personas socialmente inadaptadas no pueden vivir solo del dinero de un trabajo por horas, te lo digo en serio.

-Vale.

-¿No te lo ha dicho nadie de tu familia? ¿Tienes un buen seguro, por lo menos? ¡Te lo digo por tu bien, de verdad! Ya sé que es la primera vez que nos vemos, pero deberías poner un poco de orden en tu vida.

Aquella cuñada que se preocupaba por mis asuntos con tanta amabilidad parecía mejor persona de lo que había dicho Shiraha.

-Ya lo hemos hablado -intervino él-. Mientras no tengamos hijos, yo la ayudaré en casa y me dedicaré exclusivamente a crear mi empresa de comunicación. Cuando tengamos hijos, yo también buscaré trabajo para poder mantener a mi familia.

-Déjate de fantasías y ponte a trabajar de una vez. Ya sé que esto es cosa de dos y no debería meterme, pero...

-Ella pronto dejará la tienda y buscará empleo. Ya está decidido.

-Ya... -dijo la cuñada en tono receloso-. Bueno, ahora que tienes pareja supongo que estás mejor que antes -añadió-. No quiero molestaros más, será

mejor que me vaya. -Dicho esto, se levantó. Todavía lanzó una última advertencia antes de irse-: Le contaré a tu madre todo lo que ha ocurrido hoy, incluido el importe total del dinero que te he prestado. No creas que te vas a ir de rositas.

Cuando la puerta se cerró, Shiraha esperó prudentemente hasta que el ruido de pasos se hubo alejado y entonces exclamó contento:

-¡Bien! ¡Prueba superada! Ahora me dejarán en paz durante una temporada. Y tú no vas a quedarte embarazada, porque no pienso hacer nada contigo. - Shiraha me agarró por los hombros, eufórico-. ¡Qué suerte tienes, Furukura! A pesar de tu triple hándicap (eres virgen, soltera y trabajas por horas), te has convertido gracias a mí en una mujer casada integrada en la sociedad, y ahora todo el mundo cree que eres sexualmente activa. Desde fuera pareces una mujer normal. Es así como más les gusta verte. ¡Qué afortunada eres!

Me había visto involucrada en los asuntos familiares de Shiraha nada más llegar a casa y estaba agotada. No me apetecía escuchar sus historias, así que le dije:

-¿Me puedo duchar en casa hoy?

Shiraha sacó el futón de la bañera y pude ducharme en mi casa por primera vez en mucho tiempo.

Mientras estaba en la ducha, él siguió hablándome desde el otro lado de la puerta.

-Has tenido mucha suerte al conocerme, Furukura. Si hubieras seguido como hasta ahora, habrías muerto abandonada como un perro. A cambio solo te pido que sigas escondiéndome.

La voz de Shiraha sonaba muy lejana y yo solo oía el agua. El ruido de la tienda que siempre resonaba en mis tímpanos se apagaba poco a poco.

Cuando terminé de enjuagarme, cerré el grifo y escuché el silencio por primera vez en mucho tiempo.

Hasta entonces, el ruido de la tienda había estado siempre en mis oídos. Ahora no oía nada.

Aquel silencio que llevaba tiempo sin escuchar sonaba como una melodía desconocida. Mientras estaba de pie en el cuarto de baño, inmóvil, el suelo crujía bajo el peso de Shiraha como si quisiera arañar aquel silencio.

Inesperadamente, como si aquellos dieciocho años de servicio hubieran sido una ilusión, llegó mi último día en la tienda. Llegué a las seis de la

mañana y estuve todo el rato mirando la cámara.

Tuan ya dominaba la caja y escaneaba ágilmente latas de café y sándwiches, y cuando le pedían una factura la imprimía con un rápido gesto.

En realidad debería haber anunciado mi marcha con un mes de antelación, pero debido a las circunstancias me permitieron dejarlo en quince días.

Recordé lo ocurrido quince días antes, cuando le había anunciado al jefe que quería dejarlo. Él había reaccionado con alegría.

-Ah, veo que por fin Shiraha empieza a comportarse como un hombre.

El jefe, que cuando alguien se marchaba siempre se quejaba porque íbamos cortos de personal, parecía contento. Puede que aquel humano llamado «jefe» no existiera. Lo que tenía delante de mí era un simple macho humano que deseaba la procreación de su propia especie.

Izumi, que siempre se indignaba con los que se iban de repente porque decía que era una actitud poco profesional, se acercó para felicitarme:

-¡Ya me lo han dicho! Qué bien, ¿no?

Me quité el uniforme, despegué la placa del nombre y se la entregué al jefe.

-Gracias por todo.

-Te echaremos de menos... ¡Buen trabajo!

A pesar de los dieciocho años que llevaba en la tienda, el final fue breve y sobrio. En la caja, la chica birmana que había entrado la semana anterior escaneaba códigos de barras en mi lugar. Mientras miraba de reojo las imágenes de la cámara de seguridad, pensé que yo ya no volvería a aparecer en ellas.

-Gracias por todo, Furukura.

Izumi y Sugawara me regalaron dos pares de bastoncillos para recién casados que parecían de buena calidad y que también servían de felicitación, y las chicas del turno de tarde me trajeron una caja de galletas.

Durante aquellos dieciocho años había visto muchas despedidas, y sabía que aquellos momentos quedaban enterrados en un abrir y cerrar de ojos. El espacio que yo había dejado se cubriría enseguida, y a partir del día siguiente la tienda seguiría funcionando como siempre.

Ya no volvería a utilizar el escáner, la tableta electrónica, la mopa para limpiar el suelo, el alcohol para desinfectar las manos, el plumero que

siempre llevaba colgado de la cintura y todos aquellos utensilios que tan familiares me resultaban.

-Al menos es una despedida alegre -dijo el jefe.

Izumi y Sugawara asintieron.

-¡Es verdad! Ven a vernos cuando quieras.

-Claro, ya sabes que puedes volver como clienta. Y tráete a Shiraha, que os invitaremos a un perrito caliente.

Izumi y Sugawara me felicitaron riendo.

Me había convertido en el estereotipo de persona normal que todos tenían in mente. Me resultaba incómodo que me felicitaran, pero me limité a darles las gracias.

Me despedí también de las chicas del turno de tarde y salí a la calle. Aún era de día, pero la tienda era mucho más luminosa que el cielo.

No podía imaginar qué sería de mí ahora que ya no era dependienta. Hice una última reverencia a la tienda, que resplandecía como un acuario inundado de luz blanca, y me dirigí hacia la estación.

Cuando llegué a casa, Shiraha me estaba esperando.

En circunstancias normales habría comido y me habría ido a la cama a descansar para la siguiente jornada laboral. Incluso en mis días libres, mi cuerpo seguía perteneciendo a la tienda. Ahora que lo había liberado, no sabía qué hacer.

Shiraha estaba muy animado buscándome ofertas de trabajo en la Red. Encima de la mesa había un currículum.

-Hay muchas ofertas con límite de edad, pero si buscas bien no son todas. Antes odiaba buscar ofertas de trabajo, pero ahora que no soy yo el que tiene que trabajar incluso me divierte.

Yo no estaba de humor. Eché un vistazo al reloj y vi que eran las siete de la tarde. Normalmente mi cuerpo estaba conectado a la tienda, también cuando no trabajaba. Cuando miraba el reloj, visualizaba lo que estaría ocurriendo allí: es la hora de reponer bebidas para la noche, ahora ha llegado el pedido para el turno de noche y han empezado a revisarlo, ahora toca limpiar el suelo...

A aquella hora, Sawaguchi, del turno de tarde, estaría diseñando un cartel para anunciar la novedad de la semana siguiente y su compañero Makimura

estaría reponiendo fideos precocinados. Pero yo ya estaba fuera de aquella línea temporal que seguía avanzando en la tienda.

En el piso había varios ruidos, como la voz de Shiraha y el zumbido del motor de la nevera, pero mis oídos solo escuchaban silencio. El ruido de la tienda que los había colmado hasta entonces se había apagado. Estaba desconectada del mundo.

-La verdad es que no es sostenible que me mantengas con el trabajo de la tienda. Si yo estoy en casa y tú solo trabajas por horas, siempre culparán al que no hace nada, o sea, a mí. La gente que sigue con la mentalidad de la Edad de Piedra tiene tendencia a criticar al hombre. Si tú encontraras un empleo estable, yo no tendría que aguantar esa clase de ataques y a ti te vendría bien, o sea, que mataríamos dos pájaros de un tiro.

-Hoy no tengo hambre, ¿por qué no sales a comer algo por ahí?

-¿Qué? Sí, pero...

Shiraha no parecía muy convencido porque no debía de tener ganas de salir, pero le di un billete de mil yenes y se conformó.

Aquella noche, como no podía dormir, me levanté y salí en bata al balcón.

Si todo hubiera seguido como hasta entonces, a aquellas horas debería haber estado durmiendo para prepararme para el día siguiente. Antes conciliaba el sueño enseguida, con el único objetivo de descansar para la tienda. Ahora, en cambio, no encontraba ningún motivo para dormir.

Casi siempre tendía la colada dentro del piso, de modo que el balcón estaba sucio, y la ventana, mohosa. Aun así, me senté en el suelo. No me importaba mancharme la bata.

De repente, miré el reloj del interior a través de la ventana y vi que eran las tres de la madrugada.

Era la hora del descanso para los empleados del turno de noche. Dat y su compañero Shinozaki, el universitario con experiencia que había empezado la semana anterior, habrían empezado a ordenar el almacén durante el descanso.

Hacía mucho tiempo que no podía dormir a aquellas horas.

Me acaricié el cuerpo. Según la normativa de la tienda, llevaba las uñas cortas y el pelo limpio y sin teñir, y en el dorso de la mano aún se veía la cicatriz de la quemadura que me había hecho tres días antes friendo croquetas.

Aunque el verano se acercaba, en el balcón aún hacía fresco. Pero no me

apetecía entrar en el piso, así que levanté la vista y me quedé contemplando el cielo añil.

El calor no me dejaba dormir bien y no paraba de dar vueltas en la cama. Abrí los ojos dentro del futón.

No sabía qué día ni qué hora era. Busqué a tientas el teléfono móvil junto a la almohada y consulté el reloj. Eran las dos. Salí del armario con la cabeza embotada, sin comprender si era de día o de noche. Deduje que eran las dos de la tarde porque a través de la cortina se filtraba la luz del día.

Consulté la fecha. Pronto habrían transcurrido dos semanas desde que había dejado la tienda. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo, pero también me parecía que el tiempo se había detenido.

Shiraha habría salido a comprar comida. Encima de la mesita plegable todavía estaban los restos de los fideos precocinados que había cenado la noche anterior.

Desde que había dejado la tienda no sabía a qué hora levantarme por la mañana, así que mi vida se limitaba a dormir cuando tenía sueño y a comer cuando me despertaba. Aparte de redactar mi currículum, obligada por Shiraha, no había hecho nada más.

No tenía ningún objetivo. Hasta entonces, mi cuerpo había pertenecido a la tienda incluso cuando no trabajaba. Dormía para ir a trabajar con buena salud, me mantenía en forma y me alimentaba bien. Todo aquello formaba parte de mi trabajo.

Shiraha seguía durmiendo en la bañera, como de costumbre, y de día estaba en el piso comiendo o buscando ofertas de trabajo para mí. Parecía más activo que cuando yo trabajaba. Como yo dormía tanto de día como de noche, dejaba el futón desplegado dentro del armario y solo salía cuando tenía hambre.

Tenía sed, así que abrí el grifo, llené un vaso de agua y me lo bebí de un trago. Recordé haber oído en algún lugar que el agua que contiene el cuerpo humano se renueva aproximadamente cada dos semanas. Mi cuerpo ya había expulsado el agua de las botellas que compraba en la tienda todos los días. Pensé que la humedad de mi piel y el líquido acuoso de mis globos oculares ya no se formaban con el agua de la tienda.

En los dedos de la mano que sostenía el vaso y en los brazos me crecían pelos negros. Hasta entonces había cuidado mi imagen para la tienda, pero

ahora ya no me parecía necesario depilarme. Me miré en el espejo apoyado en la pared y me di cuenta de que me había salido un fino bigote.

Solo me duchaba cada tres días en la ducha que funcionaba con monedas y lo hacía a regañadientes, obligada por Shiraha.

Yo, que solía juzgarlo todo según fuera conveniente para la tienda, ahora había perdido mi punto de referencia. No sabía en qué basarme para decidir si una acción era racional o irracional. Antes de convertirme en dependienta juzgaba las cosas según su racionalidad, pero ahora no conseguía recordar en qué punto de referencia me basaba entonces.

De repente, oí una melodía electrónica. Me volví y vi el móvil de Shiraha sonando encima del tatami. Lo habría olvidado al salir. Al principio lo ignoré, pero no paraba de sonar.

Eché un vistazo a la pantalla pensando que quizá se tratara de una emergencia y vi un nombre: Mala Bruja. Por instinto pulsé la tecla de responder y, tal y como suponía, la voz de la cuñada de Shiraha me gritó enfadada:

-¿Se puede saber por qué no me coges el teléfono? Sé dónde vives, ¡así que pienso ir a verte!

-Yo... Hola, soy Furukura.

-Ah, eres tú -dijo, calmándose inmediatamente al saber que hablaba conmigo.

-Creo que Shiraha ha salido a comprar algo para comer. Supongo que no tardará en volver.

-Bueno, al menos hablaré contigo. ¿Le dirás a mi cuñado una cosa de mi parte? La semana pasada me hizo una transferencia de tres mil yenes por el dinero que le presté y no he vuelto a tener noticias tuyas. ¡Solo tres mil yenes! ¿Es una broma? Me toma por idiota, ¿o qué?

-Lo siento... -acerté a disculparme.

-Haz el favor de ponerte seria. A fin de cuentas, tengo un pagaré firmado por él. Dile que haré lo que sea necesario para recuperar el dinero -dijo la cuñada con voz exaltada.

-De acuerdo, se lo diré en cuanto vuelva.

-¡Que no se te olvide! Tu novio es un impresentable en cuestiones de dinero, ¡en serio!

Detrás de la voz indignada de la mujer se oía el llanto de un bebé.

De repente se me ocurrió que, ahora que había perdido la tienda como punto de referencia, quizá lo correcto sería juzgar las cosas desde la lógica animal. Como humana también soy un animal, y pensé que el camino correcto para mí quizá fuera tener hijos y contribuir a la expansión de la especie.

-Perdona, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Los hijos se tienen por el bien de la humanidad?

-¡¿Cómo?! -exclamó la voz sorprendida de la cuñada al otro lado de la línea.

Decidí explicárselo pacientemente.

-Como animales debemos multiplicarnos, ¿no? ¿Crees que Shiraha y yo también deberíamos copular para contribuir a la expansión de la humanidad?

El silencio al otro lado de la línea me hizo sospechar que la llamada se había cortado, pero entonces oí un fuerte suspiro que sonó como si el móvil hubiera expulsado una tibia bocanada de aire.

-Perdóname, pero ¿cómo vais a tener hijos si tú trabajas por horas y él no hace nada? No es buena idea, de verdad. No perpetuéis vuestra genética, es el mejor favor que le podéis hacer a la humanidad.

-Ah, vale.

-Vuestra genética defectuosa es un lastre que deberéis arrastrar solos durante el resto de vuestras vidas. Cuando muráis, lleváosla al cielo y procurad que no quede ni rastro de ella en este mundo. Te lo digo de corazón.

-Ya veo... -asentí, admirada ante la sensatez de sus palabras.

-Si sigo hablando contigo acabaré volviéndome loca y, además, es una pérdida de tiempo. Lo dejaremos aquí, ¿entendido? Ah, y no olvides decirle lo del dinero. -Y, tras esas palabras, la cuñada colgó.

Al parecer, pues, lo más sensato para la humanidad era que Shiraha y yo no copuláramos. Nunca había tenido relaciones sexuales y la verdad es que era reticente a empezar ahora, así que me quité un peso de encima. Arrastraría mi carga genética yo sola hasta el fin de mis días, procurando no dejar ni una huella en ningún lado, y cuando yo muriera se perdería para siempre. Una vez tomada la decisión, me quedé desconcertada de nuevo. Había entendido lo que debía hacer, pero ¿cómo pasaría el tiempo que me quedaba hasta entonces?

Oí que la puerta se abría y Shiraha entró en casa. Llevaba una bolsa de

plástico del colmado de la esquina. Yo vivía a otro ritmo y ya ni siquiera hervía las verduras para la comida, así que Shiraha se había acostumbrado a comprar comida congelada para acompañar el arroz.

-Ah, ¿ya te has levantado?

A pesar de que convivíamos en un piso tan pequeño, hacía varios días que no coincidía con él a la hora del almuerzo. El hervidor de arroz siempre estaba lleno y en marcha para mantener la temperatura, y mi existencia se había reducido a embucharme el arroz en la boca al despertar y volver a meterme en el armario para dormir.

Ya que habíamos coincidido, acabamos comiendo juntos sin saber muy bien por qué. Shiraha descongeló alitas de pollo y empanadillas. Me llevaba a la boca lo que tenía en el plato, en silencio, alimentándome sin saber con qué fin. Me limitaba a masticar una y otra vez el arroz y las empanadillas hasta convertirlos en una bola pastosa, incapaz de tragar.

Aquel día tuve mi primera entrevista. Shiraha, orgulloso, dijo que era casi un milagro que hubiera conseguido una entrevista de trabajo a pesar de que tenía treinta y seis años y solo había trabajado por horas. Hacía casi un mes que había dejado la tienda.

Me puse el traje chaqueta que no había vuelto a usar desde que lo había llevado a la tintorería diez años atrás y me peiné cuidadosamente.

Hacía tiempo que no salía de casa. El poco dinero que había podido ahorrar trabajando por horas empezaba a escasear.

Shiraha me acompañó al lugar de la entrevista y me prometió entusiasmado que me esperaba fuera hasta que terminara.

Cuando salimos a la calle, el ambiente ya era de pleno verano.

Subimos al tren y nos dirigimos al lugar indicado. También llevaba mucho tiempo sin viajar en tren.

-Hemos llegado demasiado pronto, falta más de una hora.

-¿Ah, sí?

-Sí. Tengo que ir al baño. Espérame aquí, ¿entendido? -dijo Shiraha, y se alejó andando.

Yo creía que se dirigía a unos lavabos públicos, pero lo vi entrar en una kombini. Yo también tenía ganas de ir al baño, así que lo seguí. En cuanto la puerta automática se abrió, oí aquel timbre que tanto había añorado.

-¡Bienvenida! -me dijo alegremente la chica que estaba en la caja, mirándome.

En la tienda había cola. Consulté el reloj y vi que pronto serían las doce. Acababa de empezar la hora punta del mediodía.

En caja solo había dos chicas jóvenes, una de las cuales llevaba la placa de aprendiz. Había dos cajas, y cada una de las chicas manejaba la suya a destajo.

El barrio debía de ser un distrito de negocios, pues casi todos los clientes eran hombres trajeados y mujeres con pinta de oficinistas.

Fue entonces cuando la voz de la tienda fluyó hacia mí.

Todos los sonidos de la tienda vibraban llenos de significado, y aquella vibración era como una melodía que interpelaba directamente las células de todo mi cuerpo.

Antes de poder formular la pregunta en mi mente, supe de forma instintiva qué necesitaba la tienda en aquel momento.

De repente, miré hacia la nevera abierta y vi un cartel que anunciaba: «A partir de hoy, ¡30 yenes de descuento en los platos de pasta!». Sin embargo, solo había fideos fritos que no destacaban lo suficiente porque estaban mezclados con los okonomiyaki. Alarmada, coloqué la pasta al lado de los fideos fríos, en un lugar más visible. Una clienta me miró con extrañeza. Levanté la vista y le dije:

-¡Bienvenida!

Convencida de que yo trabajaba allí, la mujer cogió una de las bandejas de pasta con hueva de abadejo que yo acababa de recolocar.

Suspiré aliviada y me fijé en el estante de las chocolatinas. Saqué rápidamente el teléfono móvil y comprobé la fecha. Hoy era martes, el día de las novedades. ¿Cómo podían los empleados haber olvidado el día más importante de toda la semana para una tienda?

Al ver que solo había una hilera de novedades y que estaba en el estante inferior, estuve a punto de soltar un chillido. Era inconcebible que aquel producto de chocolate blanco de edición limitada que tanto éxito había tenido medio año antes, y que se agotaba en cuanto lo poníamos a la venta, estuviera expuesto en una triste hilera. Corregí su ubicación rápidamente. Distribuí en una sola hilera un producto que ocupaba mucho espacio a pesar de que apenas se vendía, y en el estante superior formé tres hileras con la novedad y pegué el

cartel de «¡Novedad!» que anunciaba otro producto.

La chica que estaba en la caja me miraba con desconfianza. Había visto lo que estaba haciendo, pero no podía moverse porque tenía clientes haciendo cola. Hice el gesto de enseñarle una placa imaginaria con mi nombre que supuestamente llevaba en el pecho, le hice una pequeña reverencia y le di los buenos días en voz alta, pero procurando no molestar a los clientes.

La chica pareció quedarse más tranquila. Me devolvió el saludo y volvió a centrar su atención en la caja. Al verme trajeada debió de pensar que era alguien de la empresa. La seguridad en aquella tienda era a todas luces insuficiente si los empleados se dejaban engañar con tanta facilidad. Si yo hubiera sido una delincuente, habría podido abrir la caja fuerte de la trastienda y robar el efectivo de las cajas.

Pensé que tendría que llamarles la atención más tarde. Aparté la vista de la chica y vi que dos clientas mostraban interés por el producto nuevo que yo acababa de recolocar.

-¡Anda, mira! ¡Han sacado estas chocolatinas de chocolate blanco! Hoy las he visto anunciadas. ¿Las probamos?

Una konbini no es un lugar donde los clientes compren mecánicamente lo que necesitan, tiene que ser un lugar donde experimenten la alegría y la ilusión de descubrir cosas que les gustan. Recorrí la tienda a paso rápido mientras asentía satisfecha.

A pesar de que era un día caluroso, nadie había repuesto las botellas de agua mineral y en los expositores más destacados no había ni un envase de dos litros de té de cebada, que eran los que mejor se vendían.

Escuchaba la voz de la tienda. Comprendía inmediatamente qué necesitaba y qué estaba pidiendo.

La cola terminó y la chica que estaba en la caja acudió hacia mí.

-¡Es increíble! Parece arte de magia -dijo al ver el mostrador de patatas fritas que yo había estado ordenando-. Hoy ha faltado una de mis compañeras. He llamado al jefe, pero no he podido localizarlo, así que me he quedado sola. Al menos ahora estoy contigo, que eres nueva.

-¿Ah, sí? Pues te he estado observando en la caja y lo hacías muy bien, con mucha educación. Cuando termine la hora punta, no olvides reponer las bebidas frías. Y los helados también. Cuando hace calor se venden muy bien los polos, que son más ligeros. Procura tener el congelador siempre ordenado.

Y he visto un poco de polvo en los estantes de artículos variados. Tienes que vaciarlos y limpiar.

Había oído la voz de la tienda y ya nada podía detenerme. Era como si la tienda me hubiera transferido sus necesidades y la imagen que deseaba ofrecer. No era yo quien hablaba, sino ella. Yo me limitaba a transmitir el mensaje que ella me había revelado.

-¡Entendido! -respondió la chica en un tono enérgico y confiado.

-Por cierto, en la puerta automática hay muchas huellas. Es un lugar muy visible, así que procura tenerlo limpio. Además, a esta tienda vienen muchas mujeres. Deberíais tener más variedades de sopa de fideos celofán. ¿Se lo dirás a tu jefe? Ah, y otra cosa...

Mientras le transmitía a aquella empleada el mensaje de la tienda, otra voz tronó detrás de mí:

-¿Se puede saber qué haces?

Shiraha había salido del baño y me gritaba sujetándome las muñecas.

-¿Algún problema, señor? -respondí instintivamente.

-¡No te burles de mí! -dijo él, y me sacó de la tienda a rastras-. ¿Qué tontería estabas haciendo?

-He oído la voz de la tienda -le respondí a Shiraha, que me llevaba hasta la calle gritándome y arrastrándome.

Él me miró asqueado. Las finas y pálidas arrugas que le cubrían la piel de la cara se acentuaron de golpe, como si le hubieran aplastado la cabeza como un acordeón.

Pero yo no cedí.

-He oído la voz de la tienda dentro de mí y no he podido evitarlo. He nacido para escuchar esta voz.

-Pero ¿qué...?

Shiraha puso cara de perplejidad y yo seguí disparando.

-Me he dado cuenta. Antes que humana, soy dependienta. Aunque como humana sea defectuosa, aunque pueda morir de hambre si no tengo dinero para comer, no puedo evitarlo: todas las células de mi cuerpo existen para la tienda.

Sin decir nada y con aquella cara surcada de arrugas, Shiraha me llevó al lugar de la entrevista arrastrándome por la muñeca.

-Estás loca. El mundo no tolera a los seres como tú. ¡Va en contra del reglamento de la comunidad! Te perseguirán y te condenarán a estar sola para siempre. Es mucho mejor que trabajes para mí. Así todos respirarán tranquilos y nos dejarán en paz. Es la única forma de vivir que contentará a todo el mundo.

-No podemos seguir juntos. Yo soy un animal llamado «dependienta», y no puedo traicionar mi naturaleza.

-¡No te lo permitirán!

Saqué pecho y miré a Shiraha a la cara, como cuando pronunciaba el juramento.

-No. Me da igual que no me lo permitan, soy una dependienta. Puede que como humana sí que me convenga estar contigo, para tranquilizar y convencer a mi familia y a mis amigas. Pero como dependienta no te necesito para nada.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, estaba perdiendo el tiempo. Tenía que volver a ponerme en forma para la tienda. Tenía que remodelar mi cuerpo entero para moverme con más rapidez y precisión, para reponer bebidas y limpiar el suelo con más agilidad y obedecer la voz de la tienda con más prontitud.

-Me das asco. No eres humana -escupió Shiraha.

«Es lo que te estoy diciendo desde el principio», pensé mientras retorció las manos para que él me soltara de una vez y cruzaba los brazos bajo el pecho. Aquellas manos eran muy importantes, pues servían para devolver el cambio a los clientes o envolver la comida rápida. Las manos de Shiraha estaban pegajosas y sudorosas y me daban asco. Sentí que estaba faltando el respeto a mis clientes y tuve la imperiosa necesidad de lavármelas.

-Te aseguro que te arrepentirás, ¡no te quepa duda! -gritó Shiraha, y volvió solo a la estación.

Saqué el móvil del bolso. Primero llamé a las personas que querían entrevistarme y les dije que no podría ir porque era una dependienta, y luego empecé a buscar una nueva tienda.

De repente, vi mi propia imagen reflejada en el escaparate de la tienda de la que acababa de salir. Cuando pensé que aquellas manos y aquellos pies existían para la tienda, sentí por primera vez que la existencia de aquel ser reflejado en el cristal tenía sentido.

-¡Bienvenida!

Recordé el día en que había visto a mi sobrino recién nacido a través del cristal de la maternidad. Desde el otro lado del cristal, oí resonar una voz clara que se parecía mucho a la mía. Todas las células de mi cuerpo reaccionaron a la música que resonaba al otro lado del escaparate y las noté claramente reptar bajo la piel.

NOTAS

¹ Las konbini o tiendas de conveniencia son, en Japón, tiendas abiertas las veinticuatro horas al día, los siete días a la semana, donde pueden encontrarse los productos más diversos.